

CONSUELO EL ESPIRITISTA

y el enigma del Santero



Ramón Cerdà



Consuelo el Espiritista

y

El enigma del Santero

Ramón Cerdà



COLECCIÓN BÚHO VERDE

Título: Consuelo el Espiritista y el Enigma del Santero
Colección: BÚHO VERDE
Primera Edición 2014
Autor: © Ramón Cerdà

www.lalecturaderamon.com
www.lawebderamon.com

@lecturaderamon

Ilustración portada: Sergio Garcia
Montaje portada: Jesús Belda y Ramón Cerdà
Maquetación: Ramón Cerdà y Jesús Belda

I.S.B.N. 978-84-15799- 22-1 e-book
ISNI Autor: 0000 0000 6063 5199

Edita: El Fantasma de los sueños, S.L.

Printed in Spain
Imprime: El fantasma de los sueños S.L. www.milibroenpapel.com
Con el patrocinio de Horizon Management Group Spain SL
Sociedades Urgentes

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Dedicatoria

Para mi cuñado Manolo, que, además, se lee mis libros

«Los conceptos físicos son creaciones libres de la mente humana, y no están, aunque pueda parecerlo, determinados en forma única por el mundo exterior».

Albert Einstein

Personajes

Consuelo - Espiritista sexagenario, protagonista que narra la historia en primera persona. Además de aparecer en esta serie de novelas cortas, aparece en otras novelas del autor, como la trilogía de *La habitación de las mariposas*.

Gregorio - Comisario de policía con quien ya colaboró Consuelo en ocasiones anteriores en *El síndrome del delfín* y *La mirada del búho*.

Gabo - Bloguero y actual ayudante de Consuelo. Apareció por primera vez en *La mirada del búho*.

Victor Damián - Santero espiritista de origen sudamericano.

Doña Marisa - Vieja clienta de Consuelo fallecida en extrañas circunstancias.

Doña Amalia - Hermana menor de doña Marisa.

El origen de la colección Búho Verde

Consuelo el espiritista es sin duda mi personaje más emblemático. Apareció por primera vez en *La habitación de las mariposas* y fue el motivo de que dicha novela se acabara transformando en el inicio de una trilogía, apareciendo Consuelo en las dos siguientes, también como personaje secundario¹.

Desde entonces ha tenido apariciones de distinto calado en otras de mis novelas, hasta llegar a *La mirada del búho*, donde compartía protagonismo con el comisario Gregorio y el bloguero Gabo.

Llegados a ese punto, la química entre los tres personajes fue tal, que decidí darles una vida continuada. De ahí que naciera mi proyecto de la colección Búho Verde: una serie de novelas cortas protagonizadas por estos tres personajes y narradas en primera persona por el propio Consuelo.

El enigma del santero es la primera de ellas, pero habrá muchas más que irán apareciendo en formato electrónico y en papel.

¿A quién va dirigida la nueva colección?

Por supuesto la colección Búho Verde va dirigida a mis lectores de siempre, pero sin duda abre también las puertas a un público más joven, por eso no debe extrañar que en alguna de las portadas pueda aparecer la palabra «juvenil». Todo tiene su porqué. El tipo de narración, tipo de historia y cómo está contada, que sean más cortas y también con menos personajes; todo ello las hace más accesibles a otro tipo de público, no menos inteligente, pero sí con diferentes conceptos de lectura. Espero por lo tanto que la nueva colección guste tanto al público adulto como al más joven.

El autor

1 *El fantasma de los sueños y El encantador de abejas*

Primera parte

«La Tierra es plana [...]».

Abdel-Aziz Ibn en 1993

El extraño santero

1

Cuando hace más de veinte años abandoné aquel poco gratificante trabajo como cajero del banco, fue como dar un salto de fe al vacío, y si ahora miro hacia atrás, buceando entre las tinieblas de mis más inquietantes recuerdos, no me arrepiento de haberlo hecho. Después de todo, gracias a aquella vieja decisión pude dedicarme a lo que realmente me gustaba y no a un oficio insulso que no me aportaba nada, salvo aburridas e interminables jornadas laborales, calcadas unas a otras. Pero que no me arrepienta ahora de lo que hice no significa que no lo haya hecho en el pasado, porque tengo que admitir que en más de una ocasión he pensado que abandonar el banco, cuando disponía de un contrato fijo y mis expectativas laborales eran las de jubilarme allí sin grandes problemas ni preocupaciones económicas, había sido la mayor locura cometida en mi vida.

¿Dónde iba yo con cuarenta años cumplidos y sin apenas estudios? Por suerte, a veces es la propia ignorancia —y la bendita inconsciencia que nos acoge— la que nos hace atrevernos con ciertas cosas; el hecho de no tener ni idea de cuán difícil es la tarea o el objetivo que nos hemos marcado, es a veces la única explicación de que hayamos dado el paso inicial hacia su consecución. Si supiéramos los escollos que nos esperan, a menudo evitaríamos empezar el tortuoso camino y fracasaríamos antes de haber comenzado.

Mis experiencias psíquicas infantiles, que habían empezado cuando estuve a punto de morir ahogado en una balsa cercana a casa y con el posterior accidente de tráfico de mi padre, en el que perdió la vida y del cual tuve conocimiento inmediato gracias a una especie de conexión espiritual que mantenía con él, fueron el génesis, las primeras semillas que irían creciendo poco a poco en mi interior desde entonces. Pero lo que me ocurrió aquel día en el banco, sin duda supuso el detonante definitivo para que me decidiera a cambiar mi empleo, seguro y aburrido, aunque no muy bien pagado, por una actividad poco común y sin la menor perspectiva de éxito en el horizonte.

La premonición de que ese día se produciría un atraco en el banco fue tan real y se cumplió de manera tan exacta en cada uno de sus más nimios detalles, que por un momento pensé que era poseedor de una especie de poderes mágicos y que a partir de entonces se me permitiría vivir de ellos holgadamente adivinando el futuro. Ese fue mi primer error al respecto. Luego se sucederían otros muchos a lo largo de mi vida.

Con el tiempo —y mucho empeño por mi parte— me fui haciendo con una

pequeña clientela, casi toda compuesta por mujeres de edad avanzada y la mayoría viudas. Mujeres que buscaban poder contactar con sus familiares fallecidos... Pronto me di cuenta de que esos poderes que yo creía tener no eran ni mucho menos tan potentes ni tan fiables como había pensado en un principio. De hecho, durante mucho tiempo estuve caminando por el filo de la estrecha línea, entre el espiritismo real y el fraude más descarado.

Gracias a que siempre he tenido un cierto don de leer la mente —o más bien diría yo de adivinar—, y que mi entonces ayudante Jaime me conseguía datos preciosos de mis clientas, por estar siempre atento a lo que hablaban entre ellas en mi consulta antes de las sesiones, me fui labrando un cierto nombre en este submundo desconocido y tan mal considerado por gran parte de la sociedad. Pero yo tenía mi amor propio y no podía estar satisfecho con esa forma de actuar por mucho que pudiera vivir de ello; no era eso lo que buscaba, mi objetivo distaba mucho de engañar a unas pobres y desesperadas viejas para sacarles los ahorros como si fuese un trilero profesional. Mi pretensión era ayudarlas. Y lo digo en serio, nunca he sido un cazafortunas ni he pensado en hacerme rico con esto. De esa situación, llamémosla irregular, fueron surgiendo mis primeros cargos de conciencia que estuvieron a punto de hacer que abandonara la actividad, abochornado de mí mismo y de mi falta de ética profesional.

Entonces sucedió, cuando más hundido estaba en mi miseria anímica y me consideraba un completo fraude sin remedio, aquellos seres idénticos entre sí, me poseyeron y estuve al borde de la muerte por su culpa², pero también fue gracias a ellos que mi sensibilidad sensorial se acabara multiplicando. De no ser por aquello, hace tiempo que hubiese abandonado todo lo referente al espiritismo. Más, teniendo en cuenta que la actividad se fue reduciendo y tuve que prescindir de Jaime porque llegó un momento en el que no podía pagarle. Desde entonces me he dedicado en mayor medida a la hipnosis terapéutica y a las regresiones, y bastante menos al puro espiritismo, pero siguen ocurriéndome cosas extrañas. Cosas que no busco y que a veces incluso me dan miedo y preferiría que no me sucedieran. Me costó mucho llegar a la conclusión de que eso forma parte de mi destino y no puedo hacer nada por evitarlo.

Tengo una misión que debo cumplir y no puedo huir de ella. Me persigue allá donde voy.

2

2 Leer *La habitación de las mariposas*, primera novela en la que aparece Consuelo. Mismo autor y editorial.

—¿Consuelo? —Acababan de llamar por teléfono y lo había cogido yo directamente. Gabo —mi actual ayudante con quien comparto vivienda desde hace algunos meses— estaría sin duda enfrascado en el ordenador haciendo alguna búsqueda en Google o escribiendo un artículo para su blog de noticias y ni siquiera habría escuchado el sonido estridente del teléfono modelo *vintage* que tenía colgado de la pared. La voz que se dejó oír al otro extremo era muy conocida por mí y en un primer momento me alegré de escucharla.

—Hola Gregorio, ¿qué me cuentas?

—Creo que tengo malas noticias —dijo sin dar más rodeos.

Directo a la yugular —pensé.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Tienes una clienta que se llama Marisa? Una mujer de ochenta y tantos...

—Doña Marisa, sí, claro. Es de mis clientas más antiguas.

—Pues siento decirte que ha muerto en extrañas circunstancias.

—¿Un accidente?

—Yo más bien diría un asesinato, pero tampoco puedo estar seguro. ¿Te podrías pasar por comisaría? Es importante que hablemos cuanto antes.

No me gustó el tono en que lo dijo, se le notaba una preocupación que iba más allá de lo que le había sucedido a doña Marisa, pero no quise preguntarle más detalles por teléfono. Tenía que darle un voto de confianza y acudir a la comisaría si así me lo pedía.

Cuando colaboré con él por primera vez, era todavía inspector y me cayó bastante mal, pero actualmente podía considerarlo como un buen amigo a pesar de que nunca había sentido gran simpatía por los policías en general. Era una aversión que me venía de lejos y que nunca había hecho nada por superar.

Colgué el teléfono y llamé a Gabo haciendo bocina con las manos.

Yo no conducía, y Gabo no tenía coche, de manera que cuando llegamos al acuerdo de que fuese mi nuevo ayudante y se quedara a vivir en casa conmigo, compré un viejo automóvil y lo convertí también en mi chófer eventual. Vivía en las afueras de Valencia y siempre había sido un problema para mí no disponer de transporte para poder moverme con libertad. El ofrecimiento de Gabo fue una verdadera solución para mí. Su único trabajo consistía en escribir y publicar noticias en un blog que, según él, tenía muchas visitas —yo nunca he entendido mucho de esas cosas—. Sus ingresos procedían de la publicidad que aparecía en el blog y vivía completamente solo en Santiago de Compostela. Había venido a verme cuando ocurrió lo del accidente de tren³ y cuando acabó todo el extraño caso del tránsito de almas me dijo que podía seguir haciendo lo

3 Leer *La mirada del búho - la maquinista*, mismo autor y editorial.

mismo desde cualquier parte y que no le apetecía volver a su destartalada casa de alquiler cerca de las vías del tren. Fue fácil entre nosotros —dos almas solitarias— llegar a un acuerdo de convivencia y colaboración. La casa es grande y podemos seguir estando «solos» cuando nos conviene y de hecho pasan días enteros sin que apenas nos veamos.

—¡Gabo!, ¡tenemos que irnos! —volví a llamar.

Oí teclear a Gabo. Más bien aporreaba el ordenador como si estuviera martilleando enormes clavos en una pared.

—Ahora mismo bajo. —El ruido no cesó de inmediato. Seguramente lo había pillado en medio de una inspiración y quería seguir escribiendo. Gabo era así; lo mismo se pasaba días sin hacer nada que se ponía a escribir y no paraba ni de madrugada.

—¡Hemos de ir a ver a Gregorio!

Gabo bajó por las escaleras. Vestía una de sus habituales camisetas sin mangas y podía verse el tatuaje con la enorme araña. Ese era su nombre de guerra en internet: Araña Plateada.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanta prisa de buena mañana?

En realidad era casi mediodía, pero en el universo particular de Gabo, que seguramente se había levantado poco antes, todavía era temprano.

—Por lo visto han asesinado a doña Marisa.

—¿Doña Marisa?, ¿esa no es la que estuvo ayer por la mañana aquí en la consulta?

—La misma.

Doña Marisa había venido sola, en un día y un horario nada habituales en ella. No dijo ni buenos días y entró como una centella nada más abrírle la puerta. Es increíble la energía que tenía esa mujer siempre a pesar de su avanzada edad. De repente quería contactar con su marido fallecido y no estaba dispuesta a esperar hasta nuestra próxima sesión semanal en la que varias clientas y yo nos juntábamos habitualmente, a veces solo para tomar un té con pastas y hablar de los cotilleos más recientes.

Hacía tiempo que no cobraba una tarifa fija en ese tipo de sesiones; algunas de mis habituales clientas me daban la voluntad y otras se limitaban a traer unos dulces o algún táper con las cosas más inesperadas para merendar. Estaba nerviosa y decía que no podía esperar. Le dije lo que tantas veces les he repetido a todas mis clientas hasta la saciedad a lo largo de muchos años; que esto del espiritismo no es una ciencia exacta ni tiene nada que ver con un sistema moderno de videoconferencia en el que basta con conectarse a Skype. No podía pretender que, de buenas a primeras, la pusiera en línea directa con el más allá.

Pero insistió.

Si algo definía a doña Marisa era ese calificativo: muy insistente.

La pasé a la sala y lo primero que intenté cuando conseguí que se sentara fue calmarla.

—Doña Marisa, en ese estado de nervios no vamos a poder hacer nada. Primero se tiene que relajar.

—Tengo que hablar con Luis.

Luis era su marido, fallecido hacía más de veinte años.

—Doña Marisa...

—Es muy urgente.

Juro que hice todo lo que pude, pero estas cosas no son así de fáciles. Hay curanderos y videntes a patadas que prometen esa especie de conferencia directa de inmediato, pero no dicen la verdad. La mayor parte de las veces mienten como bellacos. Sé muy bien lo que me digo cuando hago una afirmación tan categórica.

Los espíritus existen, los espíritus se comunican con nosotros, pero no de ese modo, no con esa facilidad y esa flexibilidad que algunos anuncian para captar clientes.

Tengo una consulta espiritista y no un locutorio, pero eso no siempre lo entiende la gente, o no lo quiere entender porque prefiere la promesa fácil que le hacen otros. A veces se empeñan demasiado en creer y eso puede ser tan negativo o más que ser un completo incrédulo.

Por experiencia sé que cuando alguno de los partícipes es escéptico o se encuentra en un estado alterado, las cosas, de por sí difíciles, se tornan en prácticamente imposibles. Y doña Marisa no era escéptica, desde luego, más bien todo lo contrario, pero sus nervios hacían temer lo peor y, además, no me dejaban concentrarme.

El resultado fue desastroso, pero lo peor de todo había sido la reacción de doña Marisa, normalmente tan educada y tranquila —a pesar de su habitual hiperactividad—. Salió de la consulta disparada y lanzando exabruptos que no podía recordar porque apenas los llegué a entender.

Y ahora estaba muerta.

Asesinada.

—Pues se fue muy cabreada de aquí —interrumpió Gabo mis pensamientos.

—Sí, muy cabreada, no recuerdo haberla visto así antes en todos los años que venía a la consulta.

Gabo me dejó enfrente de la comisaría y se fue a buscar aparcamiento. Saludé al policía que estaba en la puerta y que ya me conocía de otras visitas anteriores y entré sin más. En la comisaría olía a café; era un aroma intenso y agradable que la distinguía de las demás comisarías. Su instalación había sido una iniciativa del anterior comisario⁴ y contrastaba con el resto del equipamiento: mobiliario anticuado de distintos orígenes muy deteriorado, ordenadores desfasados, humedad por todas partes y paredes que pedían a gritos una mano —o más— de pintura. Eso sin contar el ambiente agobiante que se respiraba allí dentro. Siempre había habido muy mala energía en ese tipo de lugares; lo mismo solía ocurrir en los juzgados, e incluso en las administraciones de Hacienda.

Pero qué bien olía a café.

Las tripas empezaron a hacerme ruidos y recordé que no había tomado nada desde que me había levantado y ya era casi hora de comer.

—¿Un café, Consuelo? —me preguntó Gregorio que acababa de salir de uno de los despachos adivinando mis pensamientos.

—Hombre, no te diré que no. La verdad es que me vendría fenomenal un café largo bien, bien calentito.

—Pues vamos allá. Me haré uno contigo ahora mismo.

Pasamos por delante de la máquina y el propio Gregorio insertó unas monedas y sacó los cafés. El suyo con leche y extra de azúcar, como siempre.

—He de conseguir que nos instalen una máquina de donuts. Es un coñazo tener que ir a buscarlos fuera de aquí.

Era el único policía que yo conocía que parecía tener tanta pasión por los donuts como los de las películas, y eso siempre me había hecho gracia. Me gustaba compartir esa afición con él porque yo también era un apasionado de la bollería, cosa que se reflejaba en mi perfil de forma demasiado evidente. Comer donuts con él me recordaba alguna de esas psicodélicas e inolvidables escenas de *Twin Peaks*.⁵

—De haberlo pensado hubiera traído una caja —sonreí de manera cómplice.

Gregorio no me siguió la broma. Puede que ni siquiera se percatase de mi comentario porque tenía la mente en otra parte en esos momentos.

Muy lejos de allí.

—Perdona que te haya hecho venir así, tan de repente y sin darte explicacio-

4 Leer *El síndrome del delfín* del mismo autor y editorial.

5 Serie de televisión creada por David Lynch y Mark Frost emitida en 1990.

nes de ningún tipo, pero es muy importante.

—Por supuesto, si se trata de la muerte de doña Marisa no hay para menos.

—Sí, pero no es eso lo que más me preocupa de este asunto.

Gregorio acababa de confirmar mi teoría de que algo más estaba pasando y mis tripas, alertadas, se volvieron a remover inquietas; esta vez puedo asegurar que no era a causa del aroma del café. Sabía que había algo más, escondido en su petición de acudir a la comisaría.

Entramos a su despacho con los cafés humeantes en sendos vasos grandes de papel encerado y tomamos asiento en un mismo lado de la mesa. Eso me halagó, al mismo tiempo que me molestó cuando recordé los posibles motivos que podía tener para actuar de ese modo. Que se sentara a mi lado y no en el lado opuesto de la mesa denotaba en apariencia cercanía y una cierta informalidad, pero él se había sentado a mi izquierda. Era algo que solía hacer cuando interrogaba a alguien; tenía la teoría de que, de ese modo, el sospechoso estaba en desventaja al verse obligado a hablarle desde la izquierda y usar así mayoritariamente la parte del cerebro con menor sentido crítico. Nunca me ha parecido algo efectivo, pero pensar que podía estar usando conmigo esa técnica como si fuese uno de sus sospechosos empezaba a cabrearme.

¿Cuándo me dirás lo que quieres? ¿Para qué me has hecho venir hasta aquí?

Preferí no comentarle nada de mis sensaciones ni de mis dudas.

De momento.

—¿Y qué es lo que te preocupa entonces? —pregunté intentando que no se me notara el malestar en el timbre de la voz.

—¿Conoces a un tal Victor Damián?

Una nueva alarma saltó en mi interior. De pronto se me pasaron las ganas de tomar café. Tenía el estómago cerrado por completo.

—¿El santero?

—Sí, un tipo bastante extraño, y si me lo permites, un tanto desagradable. Me cayó mal desde el principio.

¿Por qué me dices eso?, ¿para tranquilizarme?, ¿para hacerme ver que estás de mi parte?

—¿Qué tiene que ver él con todo este asunto de doña Marisa?

—Tu clienta apareció muerta en su consulta y ahora lo tenemos detenido abajo, en los calabozos.

—¿Quieres decir que la ha matado él?

—Cuanto menos es sospechoso de haberlo hecho, pero no te sabría decir. El problema es que él te relaciona a ti con todo el asunto.

No me vi reflejado en ningún sitio pero supe que me había puesto lívido, la

sangre había abandonado por completo mi rostro. Sentí una especie de desmayo en el estómago y temí llegar a perder el conocimiento. Ya me había pasado en alguna ocasión anterior cuando me llevaba una sorpresa desagradable. Notaba que la sangre abandonaba mi cuerpo y sentía mareos y náuseas, además de un molesto zumbido en los oídos. Pero esta vez no pasó nada de todo eso, tan solo me puse pálido y pensé que era sospechoso del asesinato de mi clienta y por eso me había llamado Gregorio. Lo había hecho de ese modo, posiblemente para no verse obligado a enviar una patrulla a mi casa a detenerme. Me pregunté si me detendría ahora y me obligaría a pasar la noche en el calabozo. ¿Hasta qué punto me creía implicado en el crimen? ¿Qué le había dicho el santero de mí? Cruzarme con ese tipo nunca me había traído nada bueno en el pasado.

—¿Qué quieres decir con eso de que me relaciona a mí? Doña Marisa era clienta mía y el día anterior estuvo en mi consulta, pero... —me interrumpí pensando que estaba dando demasiadas justificaciones sin que me hubieran preguntado. Era aquello de *Excusatio non petita, accusatio manifesta*.⁶

Cállate Consuelo —pensé.

—Mira... necesito que me ayudes en esto porque quiero evitar a toda costa tener que detenerte.

Era evidente que Gregorio estaba incómodo con la situación, pero eso no me tranquilizaba. Más bien al contrario.

—No te entiendo... ¿quieres decir que piensas que soy sospechoso de asesinato? ¿De haber matado a mi clienta en la consulta de un farsante?

—Consuelo, no es lo que yo piense o crea, pero si de verdad pensara que eres culpable, no te hubiera llamado. Habría enviado una patrulla a tu casa para que te detuvieran y te hubiesen traído esposado acusado de asesinato. Y no lo he hecho.

—Bueno, también podías hacerme venir con la excusa de que querías hablar conmigo y aprovechar para detenerme aquí, ¿no? —Creo que fui bastante desagradable, pero me sentía herido y no me gustaba cómo estaba actuando quien suponía que era amigo mío.

—Podría hacerlo, sí. Si te detuviera ahora nadie me podría echar en cara que he actuado de manera incorrecta o en contra de procedimiento alguno, pero no voy a hacerlo.

—¿Porque somos amigos?

⁶ *Excusatio non petita, accusatio manifesta*: Locución latina de origen medieval que significa «excusa no pedida, acusación manifiesta». Significa que todo aquel que se disculpa de una falta sin que nadie le haya pedido explicaciones, se está confesando culpable.

—No, no es por eso. Quiero actuar de manera imparcial, aunque debo admitir que si no nos conociéramos de nada, ya estarías en los calabozos. Pero eso no se lo cuentas a nadie porque me acusarían de trato preferente —intentó sonreír pero apenas le salió una mueca desagradable.

—¿Necesito un abogado entonces?

—De momento no hay una acusación formal contra ti. Si quieres que hablemos del tema aquí y ahora, sin testigos y sin hacer ningún informe, en ese caso no lo necesitas.

No podía evitar pensar que Gregorio podía ser amigo o no, pero estaba claro que era policía, y con los policías había que ir con mucho cuidado en según qué circunstancias. La experiencia me decía que cualquier cosa que pudiera decirle la podría utilizar luego en mi contra aunque se tratara de una conversación privada. En definitiva, que era arriesgado someterme a un interrogatorio por muy informal que fuese, sin contar con la presencia de mi abogado.

Pero no tengo nada que ocultar —pensé.

La mano del muerto

1

Tener la absoluta certeza de que era sospechoso de asesinato, no resultaba nada tranquilizador, por mucho que el comisario fuese amigo mío y no me hubiera detenido.

Todavía.

Gregorio empezó contándome lo que sabía:

—Los vecinos del santero oyeron gritar a la víctima y nos llamaron. Por lo visto fue algo bastante evidente porque recibimos tres llamadas de personas distintas en cuestión de escasos minutos. Cuando llegó la patrulla, se encontraron con la vie... con doña Marisa en el suelo, con claros síntomas de haber sido estrangulada. El santero fue quien les abrió la puerta a los policías y los dejó pasar sin poner ninguna objeción; era como si los estuviera esperando. Repetía una y otra vez que él no había sido, que la víctima había ido a su consulta después de que no la atendieras y que tú eras el culpable de todo lo sucedido.

—Pero eso es absurdo.

—Suena bastante raro, lo sé, pero es su declaración y eso te implica directamente en el asesinato. Si no aclaramos pronto la situación pueden presionarme desde arriba para que te detenga. De ahí mi interés en hablarlo contigo lo antes posible. Necesito saber qué me puedes aportar para desviar la atención hacia otro sitio.

Le conté con detalle lo que había sucedido, que doña Marisa estaba muy nerviosa y que salió de mi consulta bastante descontenta porque no la había puesto en comunicación con su marido, pero no le podía contar mucho más. No tenía ni idea de lo sucedido. Supuse, por lo que me había dicho Gregorio, que doña Marisa, al no quedar satisfecha con mi servicio se había ido a otro sitio. Por qué había elegido al santero era algo que a mí se me escapaba.

—¿Crees que visitaría al santero para que la pusiera en comunicación con su difunto marido?

Gregorio, he olvidado contarlo, no es un policía al uso. Siempre ha tenido la mente abierta y con él se puede hablar de sucesos paranormales sin que te mire como si estuvieras loco. Eso fue precisamente lo que me llevó a colaborar con él hace algún tiempo.⁷

⁷ En *El síndrome del delfín* cuando todavía no era comisario y posteriormente en *La mirada del búho*.

Pero no olvides que sigue siendo un policía —ese pensamiento no quería abandonarme y me aconsejaba prudencia.

—Además de que pienso que es un farsante —le dije—, creo que no es esa precisamente su especialidad. Más bien hace encargos de santería cubana, vudú, conjuros, amarres, magia negra... tiene una página web y algunos vídeos en YouTube donde habla de todos sus «servicios».

—¿Tú no haces nada de eso?

—Para nada, yo hago sesiones de espiritismo, hipnosis, regresiones terapéuticas, y a lo sumo puedo hacer algún conjuro para neutralizar los efectos negativos de la magia negra. Lo sabes perfectamente. No soy ningún santero.

—Pero que tenga página web y ofrezca sus servicios en la red no es nada malo, ¿no?

—Yo no he dicho eso, además, Gabo está ahora preparándose una a mí también. Hay que modernizarse.

—¿Qué opinas de los santeros?

—Esa es otra cuestión. No son santos de mi devoción en general, pero este en particular me consta que es un farsante de tomo y lomo. He tenido un par de encontronazos con él en el pasado y no me hace ninguna gracia. Además, es el típico tipo que te repele nada más verlo.

Gregorio me miró de forma rara y adiviné lo que estaba pensando: que yo no era precisamente «agradable a la vista» y que no siempre daba una primera buena impresión. Pero eso no era relevante; estábamos hablando del santero y no de mí.

—¿Crees que puede tener algún interés en vincularte con el asesinato?

—¿No es bastante motivo el querer desviar la atención de su persona? Si ha sido él quien la ha matado, ¿qué mejor que acusar a otro? Mi padre me decía cuando yo era niño que no había mejor defensa que el ataque preventivo. Y creo que antes que mi padre, ya lo dijo Napoleón.

—Es posible, pero ¿por qué tú?

—Yo no lo sé. Imagino que doña Marisa le hablaría de mí. Tal vez eso le dio la idea, pero me parece descabellado. ¿Cómo pretende hacer creer que estuve en su casa y que estrangulé a doña Marisa delante de él? Si fue así, ¿por qué no me lo impidió? Es más joven que yo y está en mucha mejor forma física. No tienes más que mirarme. Ni siquiera sé si tendría suficiente fuerza para estrangular a una venerable anciana de ochenta años.

—En realidad no dijo que habías sido tú directamente, ni que habías estado en su casa.

No supe qué decir a eso. Cada vez me encontraba más perdido.

—Dijo que tú... enviaste a su marido para que la estrangulara.

—Por favor... ¿y eso es motivo suficiente para detenerme? ¿Cómo voy a enviar a un muerto para que mate a otra persona? Sé que eres de mente abierta, pero no puedo ni imaginar que te creas eso. Es una patraña de Víctor.

—Así tal cual, no es que lo crea, pero hay otra cosa que me ha hecho pensar en que puede haber pasado algo fuera de lo normal y que me preocupa.

2

Lo que me dijo Gregorio a continuación todavía me dejó más descolocado.

—Verás... aún no disponemos de la autopsia, pero tengo unas fotos del cuello de la víctima. Espera que las busque.

Gregorio se levantó después de tomar un último sorbo de su café con leche con extra de azúcar, para acceder a uno de los cajones de su mesa y sacar a continuación una carpeta de cartulina marrón bastante desgastada que tenía en su interior algunas fotos y otros documentos —por lo visto reciclaban expedientes en la comisaría porque era evidente que esa carpeta había contenido otras cosas antes—. Supuse que era toda la documentación recopilada hasta el momento del caso que estaba investigando.

—¿No te tomas el café? —me preguntó extrañado señalando mi vaso encerrado.

—La verdad es que se me han quitado las ganas.

—Mira esto —me acercó un primer plano del cuello de doña Marisa.

Podían verse dibujadas en él con bastante claridad unas marcas de dedos.

—No soy forense, pero sí, imagino que es de suponer que ha muerto estrangulada.

—Sí, de eso casi que no hay duda. Además, si miras el resto de fotos verás que tiene la lengua fuera. También había un charco de orina en el suelo.

—Habrá huellas y se podrá ver que no son mías... ni del muerto —añadí esto último con cierto retintín burlándome de la teoría que me había expuesto.

—Tardaré un par de días en tener más datos, pero no te has fijado bien. Mira con detenimiento ese primer plano. —Me lo señaló con el dedo—. Fíjate en las marcas y en la piel del cuello.

Intenté mirar más allá de lo que ya había observado antes, pero seguía viendo lo mismo: unas marcas de los dedos que habían estrangulado a mi clienta. No se apreciaba ningún otro detalle esclarecedor.

—No sé qué debería ver.

—Verás, si una persona estrangula a otra es normal que queden unas marcas en el cuello de la víctima. Marcas muy parecidas a estas de la fotografía. Creo que depende de la presión, del tiempo que tarda en morir la víctima... en fin, hay variables que los forenses tienen en cuenta para determinar lo que ha ocurrido y quién puede ser el asesino. Tampoco es que entienda yo demasiado de esos detalles técnicos. En cualquier caso, esas marcas quedan siempre encima de la piel. Son como una especie de moraduras o rojeces que aparecen en la epidermis.

—Si... —dije sin saber muy bien adónde quería llegar Gregorio.

—Tal vez en la fotografía no se aprecie tanto como en vivo, pero si sabes lo que buscas se ve. Las marcas... no están encima de la piel, sino justo debajo de ella. Según me hizo ver —extraoficialmente— el forense, están en la dermis y no en la epidermis. Son como una especie de quemaduras que se proyectaran desde el interior del cuello hacia afuera sin llegar a hacerlo del todo. No sé si me explico.

Se explicaba muy bien pero yo no entendía nada.

Gregorio tenía razón. No era evidente, pero como él decía, si sabías lo que buscabas podías verlo.

—Es cierto, están debajo de la piel.

—No sé lo que puede significar, pero es muy extraño. Estoy seguro de que eso nos acabará dando problemas en la autopsia.

—¿Problemas?

—Sí, si no se puede determinar que está provocado por una mano desde el exterior... ¿a qué conclusión crees que llegará el forense?

—Ni idea, pero si las marcas no son de una mano, ¿qué otra cosa puede ser? ¿Algún tipo de envenenamiento?

—Bueno, yo tampoco lo sé, pero lo más probable es que diga que las marcas no son concluyentes o algo así. En fin, que al final no servirán para demostrar un carajo y tendremos un problema bien gordo.

No le dije nada a mi amigo, pero una inquietante teoría empezaba a hacer mella en el interior de mi cabeza.

3

Gabo entró por la puerta después de llamar con los nudillos. A él también lo conocían en comisaría y no tenía ningún problema para moverse por los pasillos.

—¿Ya has aparcado? —le pregunté.

—Lo mío me ha costado, pero al final no lo he dejado muy lejos.

—Caramba, eso de ser espiritista por lo visto deja mucho dinero —comentó Gregorio con guasa—. Chófer y todo —rio.

—Ya ves.

—Siéntate aquí —le dijo a Gabo levantándose de la silla donde estaba y pasando al otro lado de la mesa.

Gabo se sentó. Parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Se lo conté a grandes rasgos.

—Pero Consuelo tiene coartada. Yo he estado con él desde que doña Marisa se fue de la consulta. Lo juraré ante quien haga falta.

Yo no había pensado en ello, pero era cierto. No habíamos ido a ningún lado en todo el tiempo hasta que el propio Gregorio me llamó para que acudiera a la comisaría.

—Eso es bueno —dijo el comisario—, pero como ya le he dicho a Consuelo, el santero no le acusa de haber ido físicamente a su casa, sino de haber realizado alguna especie de conjuro satánico a distancia o algo así.

—Pero eso no lo admitirá ningún juez.

—Supongo que no, pero nunca se sabe las vueltas que puede dar una acusación. Lo que yo quiero es quitar a Consuelo de la ecuación desde el principio. Por eso le he llamado, no para detenerlo sino para ver qué solución podemos dar y que pueda quedar fuera del procedimiento lo antes posible. Pero tiene que ser algo legal, no puedo simplemente hacer la vista gorda con él. Si alguien que está en la escena del crimen hace una acusación de este tipo, cuanto menos, hemos de considerarla.

—¿Puedo hablar con Víctor? —le pregunté.

—No.

—Bueno... —rectificó de inmediato—, podría ver de arreglarlo. ¿Qué quieres decirle? Te ruego que no me montes ningún numerito porque me juego la placa.

—Solo quiero que me diga a mí de qué me acusa exactamente.

—Me parece bien, aunque ya te lo he dicho yo. En cualquier caso, ten en cuenta que no es muy protocolario que yo te baje a los calabozos para hablar con un detenido y menos si se te puede considerar sospechoso de los hechos. Supongo que lo entiendes.

El sicario difunto

1

Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando, y su mirada estaba extraviada. Me miraba sin verme o esa fue al menos la sensación que me dio cuando lo vi en el calabozo, tras los barrotes. El lugar era frío y poco iluminado y olía a sudores y orines. No había más detenidos en ese momento. Sentí un escalofrío por la espalda y por un momento me imaginé a mí mismo en su situación, en el interior de la celda esperando a ser trasladado ante el juez, acusado de un crimen que no había cometido.

—Bueno —dijo Gregorio dirigiéndose al santero a modo de presentación—, creo que ya se conocen ustedes.

—Consuelo... —dijo el santero arrastrando las sílabas—, el señor de los espíritus.

También la voz la tenía tomada y sonaba enferma. Nunca lo había visto tan desmejorado. Apenas llevaba un día en el calabozo, por lo que los motivos debían de ser otros.

—¿Quién es ese? —señaló a Gabo que estaba detrás de mí.

—Gabo, mi ayudante.

—Parece un matón de tres al cuarto con esos tatuajes —rio con la boca torcida—. ¿Tienes miedo de mí, que vienes acompañado?

En aquellos momentos me sentía como la detective Clarice Starling interrogando al peligroso Hannibal Lecter.⁸

—¿Debo tenerlo?

—Tú sabrás lo que has hecho para temer mis palabras.

—Yo no he hecho nada y lo sabes. Quiero que retires mi nombre de tu declaración porque nada tengo que ver con la muerte de doña Marisa. No tienes motivos para implicarme en este asunto. Supongo que tendrás mejores maneras de demostrar tu inocencia que acusándome a mí.

—La vieja era tu clienta. ¿No?

—Eso no me hace responsable de lo que le ocurra fuera de mi consulta. Te recuerdo que murió en la tuya y tú estabas allí. No me metas en tus líos.

—Tú lo enviaste. Pude verlo.

—¿De qué demonios hablas?

—El muerto. La vieja quería hablar con su marido; no sé por qué demonios

8 *El silencio de los corderos*, de Thomas Harris.

vino a verme a mí. Yo no hago ese tipo de trabajos y ella lo sabía.

—Había estado antes en mi casa y no pude ayudarla; supongo que querría buscar una alternativa que la convenciera más.

—No lo sé. El caso es que se puso a gritar como una energúmena nada más llegar: «Quiero hablar con mi marido», «es importante».

Eso me recordó a lo que doña Marisa había hecho en mi casa y supe que el santero estaba diciendo la verdad en esos momentos.

—Lo repitió cincuenta veces —siguió el santero— mientras yo le decía que no podía ayudarla en eso. Fue entonces cuando surgió tu nombre y me dijo que la habías echado de tu casa con muy malos modos.

—Yo nunca he echado a nadie de casa, y menos a doña Marisa. Era una cliente de toda la vida. Es cierto que le acabé diciendo que se tranquilizara y que no podía ayudarla, pero en ningún momento la eché de casa. Fue ella la que se fue toda molesta sin motivo alguno.

—Eso es cierto —dijo Gabo—. Yo estaba allí y doña Marisa ya entró muy alterada. Tal cual como llegó salió de allí.

Gregorio no decía nada pero escuchaba con atención nuestra conversación. Tampoco tomaba notas, aunque llegué a pensar que lo estaba grabando todo por si podía necesitarlo como testimonio más adelante. Preferí no saberlo.

—Supongo que ya no podremos preguntárselo a la vieja —dijo el santero despectivamente haciendo a continuación un gesto de escupir dentro de la celda.

Fue un simple gesto, una imitación sonora de un escupitajo que nunca llegó a salir de su boca, como si formara parte de algún tipo de ritual. Tal vez era tan solo una muestra de su absoluto desprecio.

—Necesito saber de qué me acusas exactamente —insistí.

—¿No te lo ha contado el comisario? —dijo mirando a Gregorio con el mismo estudiado gesto de desprecio con que me había mirado a mí poco antes.

—Quiero que me lo digas tú a la cara.

—Lo sabes —me señaló con un largo y encorvado dedo índice que parecía pertenecer a una persona mucho más anciana que él—, tú lo enviaste allí para que la estrangulara.

—Yo no he enviado a nadie. No digas tonterías.

—Yo no convoco espíritus, y desde luego la vieja tampoco. ¿Quién más podía hacerlo? Ella venía de tu casa y me dijo que habías intentado hacerlo venir. Quizás simplemente llegó algo tarde —volvió a sonreír de esa manera torcida tan desagradable.

—¿Afirmas que yo envié al marido difunto?

—Sí, y él la mató. No se lo pensó ni un instante. Por eso no pude hacer nada.

No solo estaba cagado de miedo sentado en mi silla, sino que no hubiera podido apartarlo de la vieja loca de ninguna manera. Ella gritaba mientras él apretaba su cuello cada vez más. Fue horrible.

—¿Cómo sabes que era su marido y no cualquier otro espíritu?

No es que creyera su historia, pero me pareció una buena pregunta para desacreditarlo delante de Gregorio.

—Porque cuando llegó la vieja y me dijo que quería que convocase a su marido, lo primero que se me ocurrió decirle para quitármela de encima era que yo no lo conocía. Ella sacó una foto antigua del bolso y la dejó encima de mi mesa. «Este es», me dijo graznando como una urraca cabreada.

Estaba claro que no me había salido bien la jugada, pero en cualquier caso ese testimonio suyo también valía de bien poco. De todos modos le preguntaría a Gregorio si la supuesta foto había aparecido y si realmente se trataba del marido de la difunta. Cualquier incongruencia que pudiera detectar en la declaración de Víctor, a la larga jugaría a mi favor.

Pensaba que estaba perdiendo el tiempo y me giré para decirle a Gregorio que podíamos marcharnos, pero en ese momento recordé las primeras palabras de Víctor: «Yo no hago ese tipo de trabajos y ella lo sabía».

—Has dicho que doña Marisa sabía que no hacías trabajos de espiritismo. ¿Es que ya os conocíais de antes?

Tardó demasiado en responder.

—No era la primera vez que venía a mi consulta.

—¿Y para qué había ido otras veces?

—Oiga comisario —dijo dirigiéndose a Gregorio—, ¿se puede saber por qué tengo que contestar a las preguntas de este tipo?

—No tienes por qué contestar nada. Esto no es un interrogatorio.

—En ese caso déjenme en paz. Estoy cansado. Y apaguen la luz al salir. Quiero dormir un poco.

Gregorio me miró e hizo un gesto con la cabeza como diciendo que saliéramos de allí cuanto antes.

—¡Ya nos veremos! —me amenazó con el mismo dedo de antes entre los barrotes.

Lo imaginé de tacto frío, áspero y desagradable.

Me dispuse a contestarle pero Gregorio me lo impidió.

—Consuelo... por favor. Vámonos ya. No quiero líos. Ahora ya sabes lo que querías saber.

Gabo me había traído de vuelta a casa y estábamos los dos sentados en el sofá frente al televisor, con la pantalla enchufada pero sin voz. Me gustaba tenerlo así para que me hiciese compañía.

—Me temo que estoy en un buen lío —le dije pensativo mientras me venía a la mente la imagen del santero con su dedo acusador señalándome desde dentro de la celda.

—Pero no olvides que tienes coartada.

—¿Coartada? Nadie tiene coartada cuando se supone que ha contratado a un sicario que ha hecho su trabajo.

—¿Un sicario?

—De eso es de lo que me acusa Víctor, ¿no? Al fin y al cabo dice que fui yo quien envió al difunto para que matara a doña Marisa. Un sicario un tanto extraño, pero sicario al fin y al cabo. ¿De qué sirve que tú declares que no me he movido de aquí?

—¿Pero quién va a creer una cosa así?

—Pues espero que nadie. Pero uno nunca sabe por dónde puede salir un juez. El otro día leí que en Estados Unidos, creo que fue en Nueva York, un juez había anulado el contrato de compraventa de una casa porque, desde el punto de vista legal, estaba encantada. ¿Te imaginas la cara del vendedor?

—Los americanos están un poco majaras.

—El problema es que hay algo en todo esto que me preocupa especialmente. ¿Recuerdas lo de las marcas en el cuello de doña Marisa?

—Sí, claro. Parecían marcas de dedos.

—Sí, pero tal y como le hizo ver el forense a Gregorio, esas marcas daban la sensación de provenir del interior. En definitiva, que no son unas típicas marcas de estrangulamiento. Al menos no como las que dejaría un asesino... vivo.

—¿Insinúas que lo que dice de que la mató un muerto puede ser cierto? Mira que ya me has convencido de muchas cosas, pero eso me parece muy fuerte. No le pidas peras al olmo.

—No lo sé. Veremos qué dice la autopsia al respecto.

—¿Qué va a decir? Diga lo que diga, me juego un café con donuts a que no dice que son marcas provocadas por un espíritu cabreado.

—Seguro que no —reí sin mucha convicción. No podía evitar mi preocupación a pesar de lo absurdo de la acusación.

—Yo creo que deberías estar tranquilo, nadie en su sano juicio puede dar credibilidad en un tribunal a una declaración de ese tipo. Todo apunta a que ha

sido él quien la ha estrangulado. Otra cosa es poder demostrar cómo diablos lo ha hecho para dejar unas marcas tan poco comunes. Igual ha usado alguna clase especial de guantes, o puede que la piel de doña Marisa tenga algún defecto genético y que su dermis sea más frágil que la epidermis ¿cualquier explicación, científica o no, sería más creíble para un juez que admitir que el asesino lleva años muerto!

La confianza de Gabo me daba ánimos, pero era imposible apartar la preocupación de mi mente. En cierto modo Gregorio me había advertido que podía detenerme en cualquier momento. Por lo visto había indicios legales suficientes para ello por muy absurdo que a Gabo y a mí nos pudiera parecer. No le veo mucho sentido a eso de que lo encierren a uno porque un sospechoso de asesinato, alguien al que prácticamente han encontrado con las manos en la masa, haga una acusación insensata. Siempre había pensado que uno era inocente mientras no se demostrara su culpabilidad, pero por lo visto la mentalidad de la policía no era esa. Aún podía dar gracias de que el comisario fuese amigo mío.

Gabo pareció adivinar mis pensamientos.

—No te preocupes Consuelo, no creo que lleguen a detenerte. Se aclararán las cosas antes.

—Que me detengan no es lo que más me preocupa; lo que me preocupa son las conclusiones a las que puedan llegar. ¿Y si encuentran alguna huella mía en la consulta del santero?

—¿Has estado allí alguna vez?

—No... bueno, hace mucho tiempo, pero es una vieja historia.

—No creo yo que una huella vieja se conserve lo bastante intacta como para que se pueda confundir con una reciente ni que lleguen a identificarte. Ni siquiera te han tomado las huellas.

—Sí, pero eso lo pueden hacer en cualquier momento.

Hacía muchos años de aquel primer encuentro con el santero. No debí dejarme llevar por las emociones, pero lo hice. Fue una visita inoportuna que siempre he querido olvidar. Los conjuros y la magia negra siempre me han parecido peligrosos y de mal gusto, y existe la convicción, que yo comparto, de que al final se acaban volviendo en contra de quien lleva a cabo o encarga estas prácticas.

—¿A qué darle tantas vueltas? —interrumpió de nuevo Gabo mis pensamientos— ¿Por qué no aprovechamos el tiempo nosotros y empezamos una investigación por nuestra cuenta? Cualquier cosa que encontremos, sea lo que sea, te será más favorable que perjudicial.

—¿Y por dónde empezamos? La verdad es que eso de investigar no es precisamente mi fuerte.

—Bueno, la última vez en la vieja casona⁹ no lo hiciste tan mal.

—No sé —dudé—, ¿por dónde podríamos empezar?

—Me llamó la atención eso que le preguntaste al santero...

—¿El qué?

—Lo de que ya conocía a doña Marisa. ¿De qué? Si él no se dedica al espiritismo y ella había estado antes en su consulta como parecía ser, sería por otro motivo. ¿Por qué? ¿Quién nos lo podría aclarar? ¿Quién conocía a doña Marisa?

—Está claro que debe de ser algo relacionado con un conjuro, un amarre, magia negra, incluso vudú... algo oscuro, ese tipo no es trigo limpio. Nunca lo ha sido y me cabrea que haya acabado involucrándome en sus prácticas.

—Piensa, Consuelo: ¿quién la conocía?

—Bueno, en mayor o menor medida, mis otras clientas la conocían todas porque han coincidido con ella en muchas sesiones a lo largo de los últimos años, pero no sé si habrán intimado más allá de lo que en la consulta se hablaba, aunque quizás su hermana Amalia nos podría ayudar.

—¿La conozco?

—No, dejó de venir a las reuniones hace ya algunos años cuando todavía estaba Jaime¹⁰ por aquí.

—¿Por qué?

—Ni siquiera llegó a ser una clienta habitual. Creo que solo vino a un par de sesiones¹¹, era amiga de Asunción, a esa creo que sí que la conoces.

—Sí, la recuerdo.

—Cuando Amalia vino la primera vez ya me pareció problemática porque era muy nerviosa y parecía tener miedo de todo, era supersticiosa y estaba obsesionada con la mala suerte. Era la hermana pequeña de doña Marisa. A la consulta la trajo su amiga Asunción. Ahora que lo pienso, tal vez no se llevaban muy bien Amalia y Marisa.

—Quizás debamos hablar con ella. Seguro que sabe algo.

—Sí, sería una buena idea. Me acuerdo perfectamente de aquel momento... como vi que tenía miedo le dije que se sentara a mi lado, para cogerla de la mano cuando hiciésemos el círculo de invocación entre todos los presentes.

—¿Quería hablar con alguien?

—Sí, con su marido. Era viuda también, como su hermana. Lo que me re-

9 Vieja casa que aparece en *La mirada del búho*, donde Consuelo, Gregorio y Gabo hicieron algunas indagaciones.

10 Primer ayudante de Consuelo que hace su primera aparición en *La habitación de las mariposas*.

11 Leer *El fantasma de los sueños*, del mismo autor y editorial.

sultó gracioso fue su comentario cuando le dije que si teníamos suerte quizás podría ver a su marido. Me dijo toda asustada que no quería verlo, que mejor si nos limitábamos a hablar con él. Acabó meándose encima de la silla. En ese momento supe que había perdido una clienta.

—¿Ya no regresó?

—Sí, creo que volvió en una ocasión más, pero ya no sé nada de ella desde entonces y hace unos cuantos años de eso.

—Pues está todo claro, creo que lo que deberíamos hacer antes que nada es llamar a Asunción y preguntarle dónde vive su amiga Amalia y luego ir a visitarla a su casa. A ver qué nos puede contar de su hermana.

—Puede que llegues a ser un gran detective. ¿Nunca te lo he dicho?

—Siempre he hecho mis pinitos para algunos de los artículos más importantes del blog. Recuerda que si estoy ahora aquí es en parte por eso.

3

Localizar a Asunción no fue difícil porque conservo en mi agenda buena parte de los teléfonos de mis clientas. Al menos de las más habituales y con las que tengo mayor confianza. Cuando la llamé no sabía nada de la muerte de doña Marisa y pareció que le afectara bastante la noticia.

—Dios mío —me dijo cuando le pregunté si sabía algo de lo sucedido—. ¿Y dices que ha sido asesinada?

—Eso parece. Por lo visto la han estrangulado.

—¿Se sabe quién ha sido? ¿Por qué querría nadie hacer una cosa así?

—No lo sé, Asunción, no lo sé. La han encontrado en la consulta de un santero, un tal Víctor Damián. ¿Lo conoces?

Hubo una larga pausa en el otro extremo de la línea.

—¿Asunción?, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. Ese santero... mi amiga Amalia me ha contado algunas cosas de él. Por lo visto se dedica a la magia negra; incluso creo que hace vudú y maleficios o cosas así.

—Precisamente te llamaba por tu amiga Amalia. Era hermana de Marisa, ¿no?

—Sí, aunque se llevaban casi veinte años y no había muy buena relación entre ellas. La verdad es que Marisa nunca ha sido precisamente mi preferida en los grupos de las sesiones.

Me resultaba curioso ver lo rápido que parecía cambiar todo a mi alrededor. Nunca hubiese supuesto que mis clientas se llevasen mal entre ellas o que hu-

biesen ese tipo de tensiones. A veces bastaba con rascar un poco en la superficie para descubrir todo tipo de secretos.

—¿Sigues en contacto con ella?

—Hace algún tiempo que no la veo, pero sí, coincidimos de vez en cuando y merendamos juntas.

—Me gustaría poder hablar con ella. ¿Me puedes dar su número de teléfono?

—No tiene teléfono, o al menos no lo tenía hasta no hace mucho. Siempre ha sido uno de sus extraños miedos. Pensaba que podían colarse los espíritus a través de la línea. Siempre ha sido muy miedosa. ¿Recuerdas cuando salió corriendo de la sesión?

—Sí, cómo olvidarlo.

—Pero te puedo dar la dirección. Sale poco de casa; seguro que la pillas si te pasas por allí.

—¿Y crees que querrá recibirme?

—Bueno, al menos te conoce. Aunque la experiencia no fue buena, nunca me ha hablado mal de ti desde entonces. No creo que te guarde ningún tipo de rencor.

—Supongo que sabrá lo de su hermana.

—Pues si no la ha visitado la policía puede que no se haya enterado. Ya te digo que sale poco, y sé que no se relacionaba con Marisa desde hace mucho tiempo.

—¿Puedo decirle que me has dado tú su dirección?

—Claro, ¿por qué no? Dile que vas de parte mía si ves que no te abre la puerta. Y si hace falta te acompaño.

—Gracias, pero preferiría ir solo. Tal vez en otra ocasión.

—Como quieras. Sabes que estoy a tu disposición para lo que necesites.

Colgué el teléfono y me quedé pensativo.

—¿Algún problema? —me preguntó Gabo.

—Ninguno, solo que me siento raro haciendo esto. Buscando la dirección de una persona a la que hace años que no veo y apenas conozco para preguntarle no sé qué cosas de su hermana asesinada.

—Te acompaño. Creo que será mejor que vayamos los dos.

—Sí, por supuesto.

La verdad es que lo prefería. No me encontraba a gusto con el papel de detective aficionado. En otras circunstancias hubiese llamado a Gregorio para que me acompañase, pero en este caso no lo veía apropiado. Era mejor que Gabo y yo averiguásemos por nuestra cuenta cuanto pudiésemos y que luego le diéramos la información a Gregorio para que hiciese con ella lo que fuese

conveniente en mi favor.

4

—¿Quién es? —Una voz apenas audible preguntaba desde el otro lado de la puerta.

Habíamos encontrado el portón del edificio abierto y decidimos subir directamente.

Era un edificio antiguo, sin ascensor, y Amalia vivía en un cuarto. Sin duda tenía que ser un esfuerzo para ella tener que subir y bajar todas esas escaleras cada vez. Quizás por eso salía tan poco de casa.

—Amalia —intenté que mi voz sonara relajada—, soy Consuelo, no sé si me recuerda.

—¿El mago?

No pude evitar una sonrisa.

—El espiritista, sí. Me envía su amiga Asunción.

—¿Qué le ha pasado a Asunción?

—A ella nada, vengo por lo de su hermana.

—¿Marisa?

—Sí, Marisa.

—No quiero saber nada de ella. Para mí ha muerto hace tiempo.

Supuse que no se había enterado de lo sucedido, lo cual no supe interpretar si era bueno o no para mí en esos momentos.

—Es importante que hablemos. Vengo con un amigo mío. Mi ayudante. Se llama Gabo y nos gustaría poder hablar con usted sobre una cosa que ha sucedido.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana? —Pareció mostrar un cierto interés. ¿Morboso?

—De eso se trata, sí, de algo relacionado con ella. Es importante. ¿Nos puede abrir?

—Páseme una tarjeta por debajo de la puerta.

Nunca he usado tarjetas de visita. Gabo ya me había dicho que, además de la nueva web, me iba a diseñar unas para cuando tuviera que visitar a alguien. Lo cierto es que no suelo hacer visitas comerciales, pero unas tarjetas nunca viene mal tenerlas.

—¿Una tarjeta?, no tengo ninguna encima, Amalia.

—Pues el carnet de identidad.

Vi que la puerta no tenía mirilla y supuse que simplemente quería asegurarse de que yo era quien decía ser. Preferí no oponerme y saqué el DNI de la cartera y se lo pasé por debajo de la puerta. Me sentí un poco raro haciendo tal cosa.

Apenas quince segundos después se oyó la cerradura. Era de cuádruple anclaje y pareció que alguien estaba abriendo una caja fuerte.

Pude ver el rostro de Amalia por la rendija que había quedado al entreabrir la puerta. La cadena de seguridad seguía puesta.

Amalia me devolvió el carnet por el hueco sin quitar la cadena.

—Hola —me dijo mirándome con suspicacia, como si todavía no estuviera convencida de que era yo.

—Hola, ¿me recuerda?

—Sí, claro.

—¿Podemos pasar?

—Me llamo Gabo —intervino mi ayudante.

Gabo no tenía precisamente una imagen tranquilizadora para una mujer de la edad de Amalia, pero se limitó a mirarlo de arriba abajo y no dijo nada.

—¿Podemos...? —insistí.

Amalia cerró la puerta y pudimos oír el ruido de la cadena al ser retirada. Luego volvió a abrirla del todo y nos dejó pasar.

No recuerdo los años que han transcurrido desde que Amalia estuvo en mi consulta, pero al volver a verla la encontré muy envejecida. Al fin y al cabo apenas tendría cuatro o cinco años más que yo y aparentaba muchos más. Y eso teniendo en cuenta que mi aspecto no es que sea demasiado lozano.

La casa tampoco tenía buen aspecto. Estaba descuidada y hacía meses que nadie quitaba el polvo. Olía a moho y, ¿por qué no decirlo?, a vejez.

Decrepitud.

Las cortinas estaban cerradas y una triste bombilla alumbrada la estancia pobremente.

—Aquí es donde hago vida. Puede decirse que me paso todo el día en el sofá viendo la televisión.

Otra cosa que me había llamado la atención de Amalia era que estaba muy delgada, extremadamente delgada.

—Por favor, siéntense —dijo haciendo ella otro tanto.

—Disculpe que hayamos venido sin avisar, pero su amiga nos dijo que no tenía teléfono.

—No, no tengo teléfono. Odio esos aparatos. Son malignos.

Por lo visto lo que nos había dicho Asunción sobre el temor de Amalia a los teléfonos era cierto.

—Disculpe que insista, aunque me haya dicho que no tiene ningún interés por saber nada de su hermana...

—No, hace años que decidí darla por muerta y desde entonces vivo mucho más tranquila. Ella es la única responsable de todas mis desgracias.

Esperaba que acabara preguntándome por su hermana, pero estaba claro que no mostraba el más mínimo interés a pesar de mi insistencia en sacar el tema.

—Doña Amalia, su hermana fue asesinada ayer.

Se me quedó mirando con el rostro inexpresivo.

—¿Asesinada?

—Sí, estrangulada.

Amalia se llevó una mano al cuello de manera inconsciente.

—Me extraña que nadie lo hiciera antes. Yo misma lo habría hecho hace años de haber tenido fuerzas y ánimos suficientes.

Gabo y yo intercambiamos una mirada de asombro que no le pasó desapercibida a Amalia.

—¿De qué se sorprenden? Ya les he dicho que para mí estaba muerta hace años. Ha tenido lo que se merecía, aunque demasiado tarde. Con ochenta y dos años ha vivido mucho más de lo que le correspondía. Seguro que yo no vivo tanto.

—El caso es que necesitaríamos algo de información sobre su hermana.

—No creo que pueda ayudarles demasiado, pero digan, ¿qué es lo que quieren saber? Les advierto que hace años que no sé nada de ella.

—¿Sabe de qué conocía su hermana a Víctor Damian el santero?

Doña Amalia reuló en su asiento apretando la espalda contra el respaldo al tiempo que hacía el gesto de la mano *cornuta*, como queriendo ahuyentar a los espíritus.

Hacía mucho tiempo que no veía a nadie hacer ese gesto, al menos no como lo hizo Amalia, con esa expresión de miedo en el rostro.

—Ese hombre es maligno. Él es el culpable de todo lo que me ha pasado.

—¿No decía que era su hermana la responsable de todas sus desgracias? —no pude evitar la pregunta e incluso sonar algo cínico a pesar de que no fue esa mi intención.

—Es lo mismo. Ella fue la que le estuvo haciendo los encargos a ese santero del demonio. Por su culpa todo nos empezó a ir mal a mi marido y a mí. Teníamos un negocio modesto pero que funcionaba bien, hasta que mi hermana visitó a ese individuo. Nos hizo un trabajo de magia negra y desde entonces todo fueron desgracias... el negocio empezó a aflojar hasta que tuvimos que cerrar, al mismo tiempo que mi marido se puso enfermo y murió dejándome a

mí sola... mi salud fue de mal en peor...

—¿Por qué tenía que hacer su hermana una cosa así?

—Pregúntele a ella, bueno, supongo que eso ya no será posible. ¿O sí? Ahora que caigo, usted habla con los muertos... ¿no?, ¿por qué no le pregunta a ella?

—Eso no es tan fácil, de todos modos estoy seguro de que usted sabrá los motivos que la hicieron actuar de ese modo.

—Los motivos no importan, eso nunca importa, ¿desde cuándo el fin justifica los medios? Yo era más joven, más guapa, los hombres me hacían caso a mí mientras a ella la ignoraban, siempre había sido así. Nuestra madre la obligaba a cuidarme cuando era pequeña y siempre se llevaba todas las culpas, incluso de cosas que hacía yo. Celos y envidia... bastan esos dos sentimientos para destruir el mundo. Son los males del demonio. De hecho la envidia es el peor de los siete pecados capitales y los celos tendría que ser el octavo, no sé por qué no está incluido en la lista. Estoy segura de que se le olvidó a Dios —dijo señalando con un dedo hacia el techo.

Puede que tuviera razón, cuántas cosas pasaban a causa de la envidia y de los celos. Aunque puede que sin la ira, el pecado capital «preferido» de Dios, la sangre nunca acabara llegando al río.

—Marisa se quedó viuda y no soportaba que Antonio y yo fuéramos felices. Dios no nos había dado hijos, pero nos queríamos y no nos faltaba de nada, así que no estábamos amargados como lo estaba ella. Marisa siempre había querido ser madre y tampoco pudo, por lo visto es algo genético en nuestra familia y muchas mujeres hemos sido estériles a lo largo de las distintas generaciones. Eso es un serio problema cuando el instinto maternal no va parejo con la biología. Por suerte yo nunca lo tuve y para mí nunca fue un problema no ser madre. A pesar de eso me envidiaba, imagine que, además, yo hubiese tenido hijos. Agradezco no haberlos tenido porque seguro que también habrían sido víctimas de ella, de su maldad.

—Debe ser muy duro que una hermana haga ese tipo de cosas.

—Lo es, lo ha sido toda la vida. Puede que ahora cambie mi suerte. ¿Quién sabe?

—¿Alguna vez le dijo su hermana lo que había hecho exactamente?

—No, pero siempre he pensado que enterró algo en la tienda. Bueno... entonces no lo supe, pero años más tarde llegué a esa conclusión y ahora sigo convencida de ello.

—¿A qué se refiere con enterrar algo en la tienda?

—Ya sabe, un conjuro de magia negra, no lo sé, cristales rotos, agujas negras, un muñeco de vudú... cualquiera de esas cosas que hacen las personas como ese maldito Víctor. Son gente endemoniada que solo sirven para hacer daño

a los demás. El mundo sería mucho mejor si directamente fueran eliminados.

—¿Tenía acceso su hermana a la tienda?

—No, ella ni siquiera vivía por aquel entonces en Valencia, pero vino a pasar unos días. Sabía que en la trastienda teníamos instalada una pequeña habitación y me preguntó si podía pasar allí un fin de semana. Le dije que podía venir a casa con nosotros; el piso era pequeño pero teníamos una habitación libre que nunca utilizábamos. Ya no nos hablábamos apenas por aquel entonces, pero me pareció un intento de acercamiento por su parte. No quise ser demasiado grosera, aunque desde entonces lo estoy lamentando. Tenía que haberme negado a verla.

—Pero ella insistió en quedarse en la tienda en lugar de venir a casa, ¿no?

—Sí, no le di importancia a esa petición. Me pareció algo inocente. —Idiota de mí—. Dijo que era porque de ese modo no sería una molestia para nuestra intimidad. En fin, que no debí fiarme; mi hermana nunca ha tenido ese tipo de miramientos con nadie.

—¿Cree que aprovechó ese fin de semana para enterrar el conjuro en la tienda?

—Estoy convencida de ello. El domingo fui a la tienda a ver a mi hermana y me encontré con que no estaba sola. Me presentó a Víctor, intentó comportarse de manera natural pero me di cuenta de que no le había hecho ninguna gracia que los hubiera pillado infraganti. Me dijo toda nerviosa que era un amigo que había ido a verla porque se había enterado de que estaba en Valencia pasando unos días. Por eso debí percatarme enseguida de que algo estaba ocurriendo a mis espaldas.

—¿Y no intentó nunca desenterrarlo? —preguntó Gabo interviniendo por primera vez en la conversación.

—Ya les digo que llegué a esa conclusión años después. La tienda estaba ya abandonada y mi marido muerto y enterrado... ¿qué iba yo a hacer?

—¿Existe aún esa tienda? —volvió a intervenir Gabo.

—Sí, ahora está en ruinas, a no ser que la hayan derruido para hacer alguna finca nueva. Era ya un edificio viejo en el centro cuando nos instalamos allí. Nunca habíamos tenido problemas en todos los años anteriores y de pronto recibimos una carta del Ayuntamiento diciendo que no teníamos licencia. Consultamos con un técnico y nos dijo que iba a ser prácticamente imposible que nos la diesen salvo que hiciésemos grandes reformas estructurales en la tienda, y añadió que eso también sería complicado porque necesitaríamos permiso de obra mayor y allí en el centro no nos lo iban a dar así como así.

—¿Y tuvieron que cerrar?

—No inmediatamente. Aguantamos aún dos años más, contestando reque-

rimientos y discutiendo con los funcionarios, pero a mi marido todos aquellos disgustos le costaron la salud... al final vinieron los municipales con una orden y precintaron la tienda. Mi marido murió ese mismo día; posiblemente del disgusto. Yo saqué algunas cosas que habían quedado dentro y las traje aquí. Nunca regresé a la tienda. Algún tiempo después empecé a atar cabos y llegué a la conclusión de que algo había hecho mi hermana cuando pasó la noche en la tienda.

—Pero no está segura de ello. ¿Lo hablaron alguna vez? ¿Le dijo algo su hermana de eso?, ¿el santero, quizás?

—No fui capaz de enfrentarme a ella, yo también enfermé y estaba cada día más débil y ni siquiera me quedaban ganas de vivir. Llevo décadas deseando morirme y mi castigo creo que es precisamente no poder hacerlo. Malvivir en este estado llena de recuerdos desgraciados y sin nada que me alegre los pocos días que me quedan.

—La magia negra normalmente tiene efectos psicosomáticos —dijo Gabo—. Ocurren desgracias porque la gente se siente amenazada por el hechizo y no por el conjuro en sí mismo.

Amalia lo miró con desprecio no disimulado.

—¿Y por qué pasó todo lo que pasó? Entonces ni mi marido ni yo teníamos conocimiento de lo que había hecho mi hermana en la tienda.

—Tal vez tampoco tuviera nada que ver. La suerte a menudo cambia de rumbo a lo largo de la vida. Todos tenemos épocas más afortunadas que otras o momentos en los que las cosas nos van mejor o peor.

—O alguien hace algo para que todo cambie. Siempre hay alguien que hace cosas para que cambie. ¿Me oye? Siempre... alguien... interviene.

En parte yo compartía la creencia de Gabo, pero el testimonio de Amalia confirmaba al menos que el santero y doña Marisa se conocían de mucho antes del día de su muerte. Tal vez el supuesto conjuro no existía y estaba solo en la imaginación de doña Amalia, y en caso de existir bien podría no haber supuesto ningún cambio real en los acontecimientos, pero pensé que teníamos que seguir averiguando cosas. Tenía la sensación de que estábamos en la buena dirección.

—¿Dónde está la tienda? —pregunté.

La tienda hechizada

1

Había sido un pálpito absurdo y posiblemente no serviría de nada, pero ¿qué perdíamos visitando la tienda para intentar encontrar el trabajo de magia enterrado en ella?

Gabo me había mirado sorprendido cuando le pregunté a Amalia por la tienda, pero luego se adhirió a la idea con entusiasmo que compensó con algunas de sus habituales pegadas:

—Pero ¿sigue en pie el edificio o ha sido derruido?

—Ya les he dicho que no lo sé. Nunca recibí nada más del Ayuntamiento ni me interesé por la tienda desde el día que la precintaron. El local no era nuestro, solo estábamos de alquiler, la propietaria era por entonces una mujer muy mayor y seguramente ya habrá muerto. De hecho ni me acordaba de la tienda. Ha sido ahora al hablar de mi hermana cuando todo ha parecido volver a mi cabeza muy a mi pesar.

—En ese caso habrá que ir —intervine—. Es la única manera de averiguar si realmente sigue en pie o no y si hay alguna forma de entrar.

—Siempre hay maneras de entrar —dijo Gabo, ya más animado—. No es eso lo que me preocupa, sino el hecho de que simplemente ya no exista y en su lugar hayan puesto un McDonald's.

—¿Nos acompañaría? —le pregunté a Amalia convencido de que nos diría que no. Para mi sorpresa respondió sin apenas dudar:

—Sí, qué caramba. ¿Por qué no?

—Supongo que será ilegal lo que vamos a hacer —dijo Gabo.

—De eso no cabe duda, pero, ¿quién se va a enterar?

—Había pensado en que podríamos decírselo a Gregorio y hacerlo de manera oficial. Si nos acompaña la policía podríamos hacer un registro legal.

—La policía tampoco puede entrar en un sitio así sin orden judicial a no ser que les conste que se está cometiendo un delito flagrante en su interior que pudieran evitar con su intervención inmediata. Y no tenemos tiempo para un trámite tan complicado. No me parece prudente advertir de cuáles son nuestras intenciones. Ni siquiera a Gregorio.

Doña Amalia se levantó del sofá, con expresión dolorida en el rostro y arrastrando los pies provocando un ruido de fricción muy molesto. Aparentaba ochenta años o más.

—¿Está segura de que se siente con fuerzas para venir con nosotros?

—No, la verdad es que no estoy segura de nada, pero iré de todos modos. Ahora que he vuelto a pensar en la tienda tengo ganas de volverla a ver. Hay muchos buenos recuerdos allí olvidados. Lástima que todo acabase tan mal.

Tardamos una eternidad en bajar los cuatro pisos acompañados de doña Amalia. Yo tenía la sensación de que podía oír crujir sus huesos en cada escalón y me pregunté cómo sería la subida si para bajar necesitaba esforzarse tanto.

2

Cuando por fin conseguimos llegar a la calle, Gabo fue a por el coche para que doña Amalia no tuviera que seguir caminando un trecho innecesario.

—¿Está segura de que quiere acompañarnos? —le volví a preguntar.

—Sí, creo que debo hacerlo. Además, de alguna manera he sentido un cambio en mi interior. Puede que el hecho de que mi hermana haya muerto cambie las cosas por completo. Incluso es probable que el trabajo del santero haya perdido su eficacia al haber fallecido Marisa que fue quien lo encargó.

Pensé en el comentario que había hecho Gabo poco antes sobre los efectos psicosomáticos de la magia negra y los hechizos y no pude evitar sonreír. Amalia decía que estaba notando algo positivo e incluso lo achacaba a que la magia estaba dejando de hacer su efecto por el simple hecho de que había muerto su hermana. Pero doña Marisa había sido asesinada el día anterior. Resultaba cuanto menos curioso que Amalia se notase liberada de la magia precisamente después de saber que su hermana había muerto y no antes. El poder de la mente era indiscutible y misterioso, pero yo, como espiritista, podía poner muchos ejemplos de este tipo. Es precisamente por eso, por la sugestión y los poderes psicosomáticos de la mente que muchos clientes de curanderos se sienten sanados incluso en la primera sesión, y muchos clientes de espiritistas creen haber visto o escuchado cosas que realmente no han ocurrido. Lo sé muy bien. Dicho esto no quiero decir que no existan los espíritus ni el contacto con ellos, como tampoco pretendo afirmar que la magia negra es ciento por ciento una patraña... el verdadero problema es que hay mucho fraude en todas estas actividades aprovechando la buena fe y la ignorancia de las personas. Sentía curiosidad por averiguar hasta qué punto en este caso concreto podía existir algún trabajo de magia negra que hubiese tenido un efecto real sobre las personas a quienes iba dirigido o todo estaba en la imaginación calenturienta de doña Amalia.

Por otra parte, la apreciación que había hecho la propia Amalia de que no podía tratarse de algo psicosomático por el simple hecho de que desconocía de

su existencia, también tenía que ser considerada, pero Gabo y su pragmatismo lo había vuelto a colocar todo en su sitio de un plumazo al afirmar que la suerte cambia y que no tenía por qué estar relacionado con lo que pudiera haber hecho el santero. Era algo evidente, pero las personas nos solemos obcecar en otras cosas.

Tener a Gabo a mi lado a menudo me resultaba molesto y estresante, pero tenía que admitir que era bueno disponer de alguien que se encargara de bajarme los pies al suelo de vez en cuando. Siempre era positivo contar con una pizca de escepticismo cercano para no dejarse llevar por el entusiasmo irracional.

En definitiva, que bien mirado estábamos casi que como al principio; no habíamos averiguado nada importante —en apariencia al menos— y aunque encontrásemos el supuesto conjuro enterrado, seguiríamos sin tener ninguna prueba concreta sobre el crimen de doña Marisa. ¿Qué demostraría que los temores de Amalia fueran ciertos? Si nos presentábamos en la comisaría con una caja llena de a saber qué cosas, supuestamente enterradas por la difunta y preparadas por el que posiblemente fuera su asesino, ¿qué probaría eso? En el mejor de los casos, que doña Marisa y el santero se conocían de mucho antes, pero eso seguía sin tener ningún significado en concreto; también yo conocía de mucho antes a la víctima y eso no me hacía ni más ni menos sospechoso de lo que ya era.

Gabo llegó con el coche unos minutos después y ayudé a Amalia a subir en el asiento de atrás. Volví a tener la sensación de que se oía el crujir de sus huesos en cada cambio de postura y me volví a preguntar por qué aparentaba ser tan mayor cuando un día antes, su hermana, dieciocho años más vieja, había entrado como un vendaval en mi casa moviéndose como una mujer de treinta años. Es evidente que el tiempo no nos trata a todos por igual, y yo creo que también soy un ejemplo de ello. Sé que aparento más años de los que tengo y no me siento muy bien de salud, aunque he pasado temporadas mucho peores, momentos en los que incluso he tenido la sensación de que iba a morir, de tan mal como estaba. En cambio, la vida ha continuado su camino y ha seguido dándome nuevas sorpresas, nuevas cosas que hacer y, de alguna manera, nuevos misterios que resolver.

—¿No sería mejor esperar a la noche para entrar en la tienda? —pregunté.

—Creo que eso es algo que no podemos decidir ahora mismo. Primero hay que ver el lugar, determinar en qué estado se encuentra y si podemos entrar con facilidad o no. Si es un lugar muy transitado quizás lo prudente sea volver a la noche, pero si no es así, siempre será menos peligroso entrar de día, con buena luz, que de noche a oscuras. Un edificio abandonado está siempre lleno de sorpresas desagradables. Aprovecharé para hacer unas fotos —dijo mostrando

el móvil—. Igual me sale un buen artículo de esto, ¿no te parece?

—Tú siempre pensando en tu maldito blog, pero tienes mucha razón, lo normal es que los vándalos hayan entrado más de una vez y se hayan llevado lo poco de valor que quedase en la tienda.

—Sí, ahora arrancan incluso el cableado y todas las instalaciones; cualquier cosa de metal tiene valor hoy en día para algunas bandas de desvalijadores. Todo eso hace más peligroso el edificio porque lo debilita. No sé si será buena idea que doña Amalia nos acompañe al interior.

—Jovencito, no me van a dejar fuera.

Gabo sonrió.

—No creo que hayan estado cavando el suelo, ¿verdad? —añadió Amalia, esta vez con voz preocupada.

Gabo y yo nos miramos. No sabíamos qué pensar de esa mujer. Tan apocada y miedosa y ahora tan decidida a entrar en un edificio abandonado y peligroso para buscar algo enterrado puede que dos décadas atrás por su hermana y el santero. La noticia de la muerte de doña Marisa, lejos de afligirla, parecía haberla llenado de energía. No me extrañaría que, en cuestión de meses, su salud se restableciera y dejara de aparentar ser una octogenaria al borde de la tumba.

3

La noche antes de su muerte, doña Marisa había tenido un extraño sueño y experimentaba la sensación de que no era la primera vez que eso sucedía. Apenas lo recordaba al despertar, pero abrió los ojos con el cuerpo cubierto de sudor frío. Se tocó la frente y la tenía muy caliente. —O eso le pareció—. Por lo visto había pasado la noche con fiebre y eso le había provocado violentas pesadillas.

Unas pesadillas en las que se le había aparecido su difunto marido, y no como recuerdos de cuando estaba vivo, sino como un fantasma venido del más allá. Simplemente la visitaba para advertirle que tenía que esforzarse por morir en paz si no quería que su alma acabase vagando en las tinieblas sin alcanzar la luz, o algo así le parecía recordar. Y lo peor era que tenía la sensación de que esa misma advertencia ya le había sido hecha en numerosas ocasiones anteriores.

Por eso estaba tan alterada; no recordaba los detalles por mucho que se esforzaba en ello. Tenía el convencimiento de que en el sueño —la pesadilla— su marido le había dicho exactamente y con detalle, lo que tenía que hacer... pero no lo recordaba y tenía miedo de las consecuencias que una cosa así pu-

diera tener. ¿Qué era eso de que su alma vagaría eternamente por las tinieblas? ¿Realmente le había dicho su marido algo tan horrible en sueños? ¿Era una advertencia de que su hora estaba cerca, o una amenaza? ¿Iba a morir pronto? Sintió miedo, o más bien pánico, un terror irracional a morir. Era consciente de que tenía ochenta y dos años y que no mucha gente llegaba a esa edad, pero nunca se había planteado que su ciclo vital estaba agotado y que su muerte podía encontrarse a la vuelta de la esquina. Vivía al día sin preocuparse por nada, pensando de manera inconsciente que le quedaban décadas por delante, y ahora, de pronto, tenía la sensación de que apenas le restaban unas horas de vida y que, además, tenía que hacer algo con urgencia —no sabía el qué— antes de morir para que su alma no quedara condenada para siempre.

No tenía ninguna duda de que existía la vida después de la muerte, y que las almas se comportaban de maneras muy distintas, pero eso no era suficiente para asumir su propia muerte. No creía en el infierno, al menos desde que el Papa Juan Pablo II, de quien era devota, dijo que no existía tal cosa. De alguna manera, esa afirmación de que el infierno era una invención del ser humano, fue un descanso para ella y una inmensa tranquilidad la llenó entonces. Y si lo decía una persona como Juan Pablo II que en numerosas ocasiones ejerció como exorcista y por lo tanto era conocedor del demonio, tenía que ser cierto. Hasta el momento en que le oyó hacer esa afirmación era como si hubiese estado temiendo acabar allí, entre las tinieblas, los demonios malignos y el fuego por toda la eternidad. Oírle decir un mensaje tan tranquilizador a Juan Pablo II fue un verdadero regalo para ella; cierto que su sucesor, el Papa Benedicto XVI, lo desmintió con aquella nefasta frase que se le había quedado grabada y que hubiese preferido no escuchar nunca: «El infierno, del que se habla poco en este tiempo, existe y es eterno», pero ¿qué sabría un Papa como Benedicto? Nunca le había gustado, pensaba que tenía un fondo maligno, como si se tratase más de un enviado del demonio que del representante máximo de la santa Iglesia católica.

Se preguntaba lo que pensaría el nuevo Papa Francisco de todo eso. Este parecía ser una buena persona, más acorde con lo que fue Juan Pablo II que con el malvado Ratzinger. —No podía evitar calificarlo de ese modo aunque siempre se había cuidado de no hacer ese tipo de afirmaciones ante nadie—. Una amiga le había dicho que el nuevo Papa afirmaba que el infierno no existía, y que tampoco existieron Adán y Eva. Eso la confundía un poco porque le gustaba la teoría de que no existiesen las tinieblas como se las habían descrito en el colegio de monjas cuando era tan solo una niña, pero lo que ya no le gustaba tanto era que la Iglesia empezase a negar también la existencia de Adán y Eva en el Paraíso. ¿Había dicho de verdad eso el Papa Francisco? Eran rumores, pero ella

no lo había oído directamente. No sabía qué pensar.

Mientras elucubraba sobre las creencias de los últimos papas, se miraba al espejo. Estaba vieja y arrugada, mucho, pero se encontraba muy bien de salud y llena de energía. —O eso creía—. Seguramente todo había sido una pesadilla ocasionada por un ataque febril que parecía haber desaparecido ya. —Se tocó la frente para confirmarlo—. Tal vez le había sentado mal la cena; recordó que había comido carne y sabía que no debía hacerlo porque tenía el estómago delicado desde hacía años. Por eso acostumbraba a cenar poco y ligero, tal vez una ensalada o, a lo sumo, un yogur o un pescadito a la plancha; nada de fritos, que también le producían reflujos estomacales que le duraban toda la noche. ¿Por qué tenía que haber cenado carne?, y además carne roja, ¿por qué lo había hecho?

Fuese cual fuese la causa de las pesadillas, ¿por qué no podía recordar lo que había soñado? Resultaba frustrante no poder hacerlo y no era la primera vez que le ocurría. Era habitual despertarse y que le vinieran a la mente algunos trazos inconexos del sueño e intentar recordar algo más sin éxito. No le importaba despertar con la mente en blanco, sin ninguna imagen de lo soñado, pero recordar algo y no poder profundizar en su significado, era como quedarse a medias en el sexo, aunque eso hacía ya mucho tiempo que no le ocurría por el simple hecho de que no había vuelto a haber ningún hombre en su vida desde el fallecimiento de su marido. Bueno, sí, hubo uno pero su hermana se lo quitó. Su maldita hermana pequeña. En cualquier caso ya no hubo más hombres en su vida, no porque pretendiera guardarle fidelidad a su difunto marido, sino porque simplemente no le apetecía. Hacía muchísimo tiempo que esa no era una de sus prioridades. Cada época de la vida es diferente y hay que vivirlas todas según como van llegando. El ser humano se equivoca en eso a menudo y al principio se tiene demasiada prisa por crecer cuando lo que hay que hacer es disfrutar de la niñez, luego se quiere alcanzar pronto la mayoría de edad para dejar de ser adolescentes, y más tarde, uno a veces quiere volver a ser niño cuando no le corresponde ese rol... todo eso acaba transformado en frustraciones innecesarias, en infelicidad. Y ella sabía mucho de infelicidades propias y ajenas. A pesar de eso, una de las cosas de las que estaba convencida era de que cada edad tenía su peculiar manera de ser vivida, aunque puede que eso lo hubiera descubierto ahora y no lo supiese antes, porque también ella había cometido muchos de esos errores que ahora le parecían tan evidentes viéndolos reflejados en personas más jóvenes.

No te desvíes del tema, Marisa —pensó mirándose de nuevo las profundas arrugas en el espejo.

¿Qué podría hacer para recordar lo que había soñado? Había pensado en

volverse a acostar, pero eso era una estupidez, aun en el supuesto de conseguir dormirse de nuevo, ¿por qué iba a seguir soñando con lo mismo? ¿Qué le hacía pensar que al despertar esta vez recordaría lo que había olvidado en la primera fase del sueño? Lo más probable era que acabara olvidando también lo poco que recordaba.

Piensa Marisa —se dijo mientras seguía mirando su reflejo avejentado en el espejo—, *lo has soñado otras veces, ¿por qué eres incapaz de recordarlo? Piensa, piensa... piensa.*

De pronto supo lo que tenía que hacer. Si era cierto que su marido había acudido a su sueño para decirle algo, también ella podría acudir a su marido para preguntarle los detalles. Era tan sencillo como ir a la consulta de Consuelo el espiritista y decirle que necesitaba hablar con su marido.

Consuelo sabría lo que tenía que hacer en un caso de ese tipo.

4

Así fue como terminó en la consulta de Consuelo. Había llegado alterada, más incluso que como se había levantado. Sentía la urgencia en cada uno de los poros de su piel y en especial en el interior del estómago que lo tenía revuelto —la maldita carne roja nocturna seguía provocándole retortijones dolorosos— porque estaba convencida de que le quedaba poco tiempo.

Había esperado que Consuelo la recibiera con los brazos abiertos y poder así contactar con su marido de inmediato para descubrir lo que le había dicho en sueños, pero Consuelo pareció molesto por su urgencia; insistía en que no tenía un locutorio —¿a qué venía eso?— y no podía poner una conferencia, ¿por qué le hablaba de esa manera tan desagradable? ¿Quién se había pensado que era? Toda la vida siendo clienta suya y por una vez que le pedía un favor urgente empezaba a ponerle trabas de todo tipo.

Se dirigió a la salida tan alterada o más que como había llegado, cruzándose con el nuevo ayudante impresentable al que apartó de un manotazo. ¿De dónde se lo había sacado Consuelo? Parecía un matón de película de gánsteres. Y ese tatuaje...

Salió de la casa sin saber a quién acudir para solucionar su problema, porque si algo tenía claro era que tenía un serio problema. Fue entonces, ya en la calle, cuando tuvo una especie de recuerdo, apenas una imágenes sueltas que no sabía si provenían del sueño o no. La estaban estrangulando. Sí, eso había sido parte de la pesadilla y lo que provocó que se despertara sudando y, posiblemente, gritando. Alguien la estrangulaba en el sueño... —Tuvo la necesidad

de cogerse el cuello; sentía como si le faltara el aire— ¿Era su marido quien la estaba estrangulando? Parecía él. Pero ¿por qué iba a querer matarla? Eso podía cambiar el significado del sueño, tal vez no le había dicho que tenía que hacer algo para morir en paz, sino que él se encargaría de que lo hiciera porque iba a matarla. Estaba confundida. Su marido nunca había sido violento, no tenía sentido imaginarlo ahora estrangulándola; jamás le había puesto las manos encima durante todos los años que estuvieron casados.

Doña Marisa se llevó ambas manos al cuello de nuevo, angustiada por el evasivo recuerdo que no acababa de concretarse, casi podía notar como si alguien la tuviera cogida todavía de allí y siguiera apretando. El temor que había sentido al despertar y que en parte había desaparecido, volvía a crecer en su interior.

Unos pensamientos la llevaron a otros hasta que decidió que tenía que ir a ver a Víctor Damián. Hacía bastante tiempo que no acudía a su consulta, aunque en el pasado había llegado a ser una clienta habitual del santero. Tal vez él supiera lo que le estaba pasando; no se le ocurría ninguna otra opción en esos momentos.

5

La tienda, o mejor dicho, lo que en su día había sido una tienda, estaba en pleno barrio de El Carmen. Gabo tuvo la suerte de encontrar aparcamiento no muy lejos de allí, aunque tuvo que invadir parte de un paso de peatones, lo cual me hizo temer lo peor.

Bajamos del coche y anduvimos varias manzanas al paso de doña Amalia que no es necesario decir que era muy despacio. Al pasar por delante de un sucio escaparate me quedé mirando la escena, y la verdad es que formábamos un equipo de lo más extraño. Una vieja de ochenta años renqueante —bueno, es cierto que tenía muchos menos años pero ya he dicho que su apariencia era octogenaria—, un joven con aspecto de haber dejado aparcada la Harley Davidson cerca de allí, con una camiseta negra sin mangas y un enorme tatuaje en el brazo, y yo, con mis pantalones anchos y mi camisa por fuera que no conseguía disimular mi barriga, y mi aspecto —he de confesarlo— bastante peculiar. No pasábamos desapercibidos. Cualquiera que nos viese nos recordaría durante semanas; no me cabía la menor duda. Y eso no era lo mejor para nuestros propósitos, no del todo legales; aunque tampoco es que pretendiésemos cometer ningún delito; solo queríamos entrar en un lugar abandonado y curiosear un poco en su interior a ver qué encontrábamos.

—Ahí está —señaló doña Amalia emocionada con la voz temblorosa.

Su ubicación era bastante discreta. Entre dos viejos edificios que si no estaban abandonados, lo parecían, podía verse lo que, según ella, había sido la tienda de su marido. Una tienda de ultramarinos que con toda seguridad hubiese acabado cerrando antes o después con independencia de lo ocurrido con el Ayuntamiento y con independencia también de que alguien se hubiese molestado en hacer un conjuro para la mala suerte en la vida y en los negocios. Cada vez dudaba más que la magia negra tuviera algo que ver con toda aquella lejana historia de dos hermanas enfrentadas. La tienda habría tenido sin duda una época buena, pero de eso hacía mucho y, cuando cerró, ya arrastraba con toda seguridad el estigma de lo caduco desde años atrás. Una tienda sin futuro en un barrio que, al menos en aquella zona concreta, había ido muy a menos hasta convertirse en una zona poco comercial. Además, ¿qué futuro podía tener una tienda de ultramarinos en una sociedad como la actual llena de *mercadonas*?

Amalia estaba emocionada, los ojos le brillaban e intentó disimular las lágrimas toqueteándose los ojos con la mano que, de pronto, parecía aquejada de parkinsonismo.

—Así que todavía existe —dijo Gabo—, interesante, muy interesante. Me gusta el sitio, ¿a ti no, Consuelo?

—Hombre, gustarme no sería la palabra exacta, pero no cabe duda de que tiene el encanto de lo cutre. —No se me ocurrió otra palabra para definirlo.

Lo cierto es que me parecía eso: cutre, y no precisamente encantador. Fachada llena de grafitis de distintos colores pero nada artísticos, cristales sucios y rotos, unos gruesos tablones que reforzaban la puerta, restos de un viejo rótulo de madera carcomida y despintada en el que solo sobrevivían unas pocas letras originales que curiosamente formaban otra palabra: «[amar]», y un increíble olor a moho que salía a vaharadas de su oscuro interior. Moho y frío. Un frío que me recordó algunas de mis experiencias paranormales. Esperaba no tener que enfrentarme con ningún fantasma allí dentro. No me sentía con fuerzas para ello.

—¿Cómo se supone que vamos a entrar ahí? —le pregunté a Gabo mientras miraba a mi alrededor para ver si alguien nos estaba observando.

En cierto modo tenía la esperanza de que me dijera que no íbamos a poder entrar.

Fue Amalia quien contestó a mi pregunta anticipándose a Gabo.

—La tienda tenía una puertecita por la parte de atrás.

—Vayamos a verla —dije sin mucho entusiasmo.

Seguimos a Amalia en fila por la estrecha y mal cuidada acera hasta que salimos justo a la otra parte de la construcción. El aspecto del edificio no era mucho mejor desde allí, aunque al no haber cristales rotos no parecía un lugar tan

decrépito. La puerta era de madera, pequeña y muy estropeada, algo abombada por los cambios de temperatura constantes a lo largo de los años, pero entera y sin síntomas de haber sido forzada nunca.

Volví a mirar a Gabo; mi expresión creo que era de completo desánimo.

—Me parece que estamos igual. Yo no he forzado una cerradura en mi vida, ¿y tú? —le pregunté esperanzado.

—Hombre, si te he de ser sincero, alguna maldad de ese tipo he hecho en mi corta carrera como periodista digital, aunque no presumo precisamente de ello en público, pero necesitaríamos alguna herramienta. Ahora que ya sabemos dónde está y en qué estado se encuentra, podemos volver a la noche más preparados y entrar. No creo que sea demasiado difícil forzarla.

Mientras Gabo me comentaba esto y yo me sostenía la barbilla —hábilmente disimulada entre las carnes de mi creciente papada— con aire pensativo, oímos el característico ruido metálico de una cerradura al dar vueltas. Clic, clac, clac.

Nos giramos al unísono y vimos a Amalia abriendo la puerta con una llave.

—¿Pero qué coño...? —dijo Gabo.

—No me diga que tenía la llave de la tienda y no nos había dicho nada —le dije yo.

—Bueno, ya he dicho que era mi tienda, ¿no? ¿Por qué no iba a tener la llave?

—Jodida vieja —masculló entre dientes Gabo—, ¿me dejas que la asesine ahí dentro?

Sonreí. La verdad es que no había para menos. Amalia tenía la llave en su llavero, junto con las llaves de casa. Durante todos esos años la había llevado allí colgada como si nada, de la forma más natural del mundo.

—Así que vamos a poder entrar sin romper nada —dije aliviado.

Amalia ya había desaparecido en el interior y me temí lo peor. El estado del edificio podría ser ruinoso y sería muy fácil que tropezara o le cayese algo encima y tuviera un accidente. Sería horrible que me acusaran de la muerte de otra anciana.

—Doña Amalia, espérenos —le dije mientras me acercaba a la puerta, seguido de Gabo.

Gabo ya había empezado a tomar unas fotos con el móvil y se le veía entusiasmado.

—¿Te diviertes? —le pregunté con sorna.

—Esta vieja es la monda, Consuelo. Ya te digo, ahora va y resulta que llevaba la llave y la muy condenada no nos había dicho nada. Y nosotros que esperábamos encontrarnos con un solar o con un edificio nuevo surgido de los restos de la tienda.

Al entrar, el olor a moho era todavía más evidente, pero era eso: moho. Nada más. No olía a meados o basura como podían oler viejos edificios abandonados que a lo largo del tiempo habían sido ocupados. Conservaba las estanterías de madera, aunque muchas de ellas estaban medio podridas y tiradas en el suelo, donde todavía podía verse alguna vieja lata de conserva, el mostrador, con la superficie de mármol pulido, y una antigua lámpara de araña destrozada en el suelo. Todo cubierto por una densa capa de polvo añejo.

Estaba claro que sí que había entrado algún grupo de vándalos en la tienda, pero probablemente hacía mucho de eso y habían entrado por la puerta delantera, donde los cristales rotos. De ahí que luego —posiblemente el Ayuntamiento— hubieran puesto los tablones clausurando de nuevo la entrada principal. Nadie parecía haber reparado en la entrada trasera o no le habían dado ninguna importancia.

Una vez se acostumbraba la vista a la oscuridad, la luz que se filtraba por los cristales rotos de la parte delantera permitían poder moverse con cierta seguridad, aunque seguía temiendo por Amalia.

—Tenga cuidado dónde pisa.

—Sí, no se preocupe.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Gabo.

—Bueno, cualquier cosa que busquemos no estará a la vista. Se supone que si es cierto que se hizo un trabajo de magia negra estará enterrado por aquí.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo? No podemos ponernos a cavar por todas partes.

—No puede estar en la tienda —dijo Amalia.

—¿Cómo?

—La tienda estaba toda con el suelo de terrazo puesto, si mi hermana lo hubiese enterrado aquí nos habríamos dado cuenta.

—Entonces, ¿por qué hemos venido? —preguntó Gabo.

—Porque tiene que estar al fondo, en la habitación que teníamos preparada y donde se supone que pasó la noche mi hermana.

—¿Allí no hay terrazo? —pregunté.

—El suelo era de madera.

Gabo y yo seguimos a doña Amalia que nos servía de guía a pesar de su avanzada edad.

—Por aquí —dijo.

Entramos por una puerta que estaba medio disimulada detrás del mostrador. No es que fuese una puerta secreta, pero de alguna manera quedaba camuflada por las estanterías del entorno.

La puerta no parecía la de una habitación; de hecho la única que pudo entrar sin agacharse fue doña Amalia, tanto Gabo como yo tuvimos que hacerlo para no golpearlos con la cabeza.

El olor allí dentro era algo diferente, también olía a humedad pero era menos desagradable a pesar de que no tenía ninguna ventilación, tal vez por la presencia de la madera, porque tal y como había dicho Amalia, todo el suelo estaba cubierto por tablones. Me sorprendió que se mantuvieran en su lugar y que nadie los hubiese arrancado para venderlos. Parecía madera de calidad.

—Dios mío, cuánto tiempo —dijo Amalia emocionada cuando Gabo alumbró la estancia con la linterna del móvil.

—¿Le trae buenos recuerdos? —pregunté.

—Los últimos que conservo no son precisamente buenos, pero sí, hubo muchos buenos, excelentes. Aquí fuimos felices mi marido y yo durante bastante años. Lástima que ocurriera todo aquello.

—¿Se refiere a lo del Ayuntamiento?

—Bueno, lo del Ayuntamiento, lo de los problemas de salud de mi marido, las ventas que se desplomaron en cuestión de meses...

—Un negocio de ultramarinos no era fácil que sobreviviera —apunté.

—Es cierto, puede que a estas alturas ya hubiese cerrado por cualquier otro motivo, pero entonces aún vendíamos más de lo que necesitábamos para vivir. Hasta que las cosas se torcieron.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunté a Gabo.

—Pues como no vayamos levantando tablas del suelo no se me ocurre otra cosa.

Odio el ejercicio físico, y más cuando se trata de tener que agacharme, pero tampoco veía ninguna otra opción y supuse que doña Amalia no estaría en condiciones de arrancar tablas, a pesar de que con el tiempo parecía estar cada vez menos anquilosada.

Gabo me dejó el móvil para que siguiera alumbrando la estancia y salió de la habitación, volviendo al cabo de un minuto con una especie de palanca de hierro entre las manos.

—Esto servirá para arrancar las tablas.

—¿No hay una para mí?

—Deja que lo haga yo, tú puedes acabarlas de sacar cuando yo las afloje. ¿Te parece?

¿Qué le iba a decir? ¿Que odiaba tener que hacer aquello? De alguna manera había sido idea mía ir hasta allí a buscar algo que ni siquiera teníamos la seguridad de que existiese.

—Como se entere Gregorio de lo que estamos haciendo nos va a matar —
mascullé.

—Pues ya sabes que no se lo tienes que decir.

—Si no encontramos nada, porque si lo encontramos tendremos que decirselo, ¿no?

—Bueno, eso dependerá de lo que encontremos y si puede servir de algo.

Las tablas no resultaban fáciles de arrancar, pero Gabo es joven y cuando arrancó la primera, el resto ya no le supusieron ningún problema.

Doña Amalia había quedado encargada de sostener el móvil y nos observaba a ambos con interés mientras escaneaba con sus ojos cada pequeño trozo de suelo que quedaba al descubierto. No era una tarima flotante delgada como las que se suelen poner ahora sobre suelos de terrazo o cerámicos, aquel suelo de madera era grueso y estaba colocado directamente sobre lo que parecía una capa de arena.

No sé el tiempo que estuvimos allí, pero cuando levantamos la última tabla y habíamos removido toda la arena, nos encontrábamos agotados y desilusionados.

—Pues aquí no hay nada tampoco —dije mirando a doña Amalia.

—¿Cómo es posible? ¿Se lo habrá llevado alguien?

—Nadie ha movido estas tablas antes, eso es seguro —afirmó Gabo—, doy fe de que estaban bien agarradas y de haberlas soltado seguro que no se hubiesen molestado en volverlas a poner.

—¿Entonces? —preguntó doña Amalia.

—Tendremos que irnos, aquí ya no hacemos nada. Tal vez aquella noche no enterró nada su hermana aquí.

—¿Y qué hacía con el santero?

—Bueno, tal vez sí que hicieron algún tipo de sortilegio —dije para no dar a entender que estaba equivocada—, pero no enterraron nada.

—Es posible, pero estaba tan segura de encontrarlo...

Salimos de la habitación con esa lamentable sensación que se tiene cuando uno está convencido de haber estado perdiendo el tiempo.

—Un momento —dijo Amalia—, no hemos mirado en el armario del fondo.

—¿El armario? —pregunté cansado.

—Sí, también tiene tablas en el suelo.

Volvimos a entrar, sin el más mínimo convencimiento de que pudiéramos encontrar nada. El entusiasmo solo es inagotable en los niños y por lo visto en las ancianas.

Contra todo pronóstico allí parecía haber algo.

—Es una caja de metal —dijo Gabo—, parece una pequeña caja fuerte.

Sorpresas en la autopsia

1

El santero seguía en el calabozo con los ojos cerrados, meditando sobre lo sucedido. No era la primera vez —y posiblemente no fuera la última— que pasaba un par de noches, o incluso tres, en uno de esos lugares.

A lo largo de su vida había sido detenido cuatro o puede que cinco veces, no lo recordaba muy bien, pero nunca hasta ahora como sospechoso de asesinato. Solo denuncias por estafa y una de ellas por robo. Nunca se había preocupado por solicitar el borrado de sus antecedentes policiales, por lo que suponía que seguirían existiendo a pesar de que en ningún caso había llegado a ser condenado. No era fácil hacerlo cuando no se tenían pruebas de nada y solo existían denuncias de viejas —y no tan viejas— históricas. Mujeres que habían acudido a él, no siempre con buenas intenciones, y que esperaban unos resultados que a menudo no podían ser tan rápidos ni tan evidentes como exigían. Era cierto que también tenía clientes varones, pero en su mayoría habían sido siempre mujeres y al fin y al cabo eran las que acababan siendo más conflictivas. Pero eso eran gajes del oficio que sobrellevaba con dignidad y una cierta resignación.

Esta vez era distinto, ni él mismo tenía claro lo que había ocurrido. Doña Marisa había sido clienta suya mucho tiempo antes pero llevaba al menos una década sin saber nada de ella, hasta que sin previo aviso se presentó en su casa fuera de sí, hablando atropelladamente y sin demasiado sentido. Al principio solo fue capaz de entender detalles inconexos, que había ido a ver al espiritista Consuelo, a quien él conocía personalmente por algún cliente común; que tenía que hablar con su marido —fallecido—, que Consuelo no la había querido atender, y que era muy urgente porque alguien quería estrangularla.

—Por favor, doña Marisa, cálmese. ¿Por qué no empieza por el principio?

Pero ella no se calmaba, más bien al contrario, cada vez estaba más histérica.

—Necesito anular el último conjuro que hicimos para la tienda de mi hermana.

Por fin una frase con cierta coherencia que podía entender completa. La primera desde que había llegado.

—Pero de eso hace muchísimo tiempo.

Lo cierto era que ni se acordaba de ello.

—Lo sé, pero he de solucionar cosas pendientes. Puedo morir en cualquier momento. ¿No te das cuenta?

—Doña Marisa, no tiene nada que temer, usted tiene una salud de hierro.

Y cuerda para rato —pensó.

—No entiendes nada. Lo he soñado, he soñado que me queda muy poco tiempo y que debo arreglar las cosas que tengo pendientes.

—Pero, ¿a qué había ido a ver a Consuelo?

—Quería hablar con mi marido para saber lo que me había dicho en el sueño, pero ahora creo que quiere matarme.

El santero se había vuelto a perder y no entendía muy bien lo que quería doña Marisa y así se lo hizo saber, a lo que ella replicó:

—Es que no conseguía recordar el sueño esta mañana, por eso quería hablar con mi marido, aunque viniendo hacia aquí he recordado alguna cosa más. No mucho.

—Bien, pues céntrese en eso, ¿qué es lo que ha recordado?

—Que tengo que limpiar mi karma. El trabajo de magia negra que hicimos para la tienda se puede volver en contra mía. —Doña Marisa no hacía más que tocarse el cuello nerviosamente, como si le picara.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Anular lo que hicimos.

—Bueno, eso no es tan fácil, aunque lo mejor sería que su hermana hiciera algún ritual para neutralizarlo, pero eso queda fuera de mis competencias.

—Pero yo no quiero hablar con mi hermana, tengo que arreglarlo por mi cuenta. No puedo decirle a ella lo que hicimos.

—¿Hicimos?

—Sí, yo vine aquí para preparar un trabajo que luego enterré en la tienda. ¿Lo recuerdas?

No recuerdo un carajo.

—En ese caso hay que recuperar lo que enterró y quemarlo.

Ahora empezaba a recordar el día en que había ido a llevarle el trabajo a la tienda y, al salir, se cruzaron con su hermana.

—¿Está segura de que su hermana no sabe nada de eso?

—Nunca me lo dijo.

—¿Cuál es su relación con ella desde entonces?

—Apenas nos hablamos.

—¿Y sirvió de algo el trabajo?

Doña Marisa bajó la cabeza avergonzada.

—La tienda cerró, y desde entonces todo le ha ido mal a mi hermana, pero ya es tiempo de arreglarlo.

Apenas le salía la voz. Se cogió de nuevo el cuello con ambas manos y lo miró

como si se estuviera ahogando.

—Quiere matarme —farfulló.

Fue entonces cuando empezó a gritar.

—Doña Marisa, por favor, ¿qué ocurre?

2

Gregorio acababa de recibir una llamada de su amigo el forense. No era habitual que lo llamara, por lo que pensó que sería algo relacionado con la autopsia de la mujer estrangulada.

¿Qué habrá descubierto? —pensó inquieto.

—Gregorio, ¿cómo llevas el caso del santero? —le preguntó el forense sin más preámbulos ni saludos.

—Sin novedad, lo seguimos reteniendo en comisaría a ver si podemos son-sacarle algo antes de llevarlo ante el juez, pero no parece que quiera colaborar. Insiste en que él no ha hecho nada y que todo es culpa de Consuelo.

—¿Consuelo?

—Sí, el espiritista que a veces..., bueno, esto es extraoficial... que a veces colabora con nosotros... conmigo, en algún caso.

—Ah, ya veo. ¿Y crees que puede tener algo que ver con lo sucedido en este?

—Yo confío plenamente en Consuelo, pero ya sabes que no me gusta descartar nada de buenas a primeras. Incluso las teorías más absurdas me gusta comprobarlas con detenimiento. Pero bueno, dime, ¿por qué me llamabas?

—Esto que te voy a decir también es extraoficial. El informe de la autopsia aún no está elaborado, pero he llegado a algunas conclusiones que me gustaría comentar contigo antes porque es un caso de lo más curioso. Aún no tengo muy claro cómo voy a plasmarlo por escrito y lo mismo tú me aportas algo de luz.

¿Desde cuándo me pides opinión en las autopsias? —pensó.

—Dime —respondió el comisario un tanto perplejo.

—Supongo que recuerdas lo que te comenté de las marcas en el cuello de la víctima.

—Sí, que estaban por debajo de la piel. Tengo aquí mismo las fotos.

—Definitivamente, no son marcas de estrangulamiento.

—¿Y qué son entonces?

—Pues me temo que no tengo una respuesta apropiada para eso, pero desde luego no están ocasionadas por unos dedos.

—Sabes lo que dice el santero de eso, ¿no?

—¿El santero?, no, no me has dicho nada. ¿Qué os ha dicho?

—Creí que lo habíamos comentado, aunque es cierto, cuando hablamos tú y yo fue en la escena del crimen y el sospechoso todavía no había hecho su fantástica declaración.

—¿Cómo de fantástica es? —la voz del forense transmitía una gran curiosidad.

—Según él, las marcas del cuello sí que corresponden a una estrangulación, solo que el estrangulador... era un espíritu, concretamente del marido difunto de la víctima.

—Joder..., no me digas que le has dado algo de credibilidad a eso. ¿Cómo van a ser marcas de un fantasma?

—Hombre, la verdad es que no le he dado demasiada, pero como partía de la base de que ya me hiciste ver que las marcas eran subcutáneas... pues la verdad es que no sabía qué pensar.

—Una cosa es que te dijera que son subcutáneas, pero de ahí a que las haya producido un supuesto fantasma venido del más allá... no me jodas... sabes que respeto algunas de tus teorías raras, siempre lo he hecho, pero no creo en fantasmas, y no, no puedo aceptar, y mucho menos certificar, que estas marcas las haya causado ningún espíritu asesino cabreado.

No me dores la píldora porque sé muy bien lo que pensáis todos de mi «mente abierta».

—Pero no sabes qué las ha causado —incidió el comisario un tanto molesto.

—No, con certeza no lo sé, pero tengo mi teoría, que a falta de otra mejor, y ya te digo que la del espíritu no es la alternativa, creo que nos podría valer. De hecho es lo que tengo previsto poner en el informe a falta de otra idea mejor.

—¿Inculparía al santero esa teoría tuya?

—Pues lo cierto es que no. Creo que no os va a servir para encerrarlo.

—Mala cosa entonces. Suéltalo ya... me tienes en ascuas.

—Bien, el primer examen visual que hice en el lugar de los hechos, tal y como tú mismo viste, claramente apuntaba hacia una muerte por estrangulamiento. Esas marcas en el cuello, la lengua fuera de la boca, la relajación de los esfínteres... incluso la posición un tanto desmadejada del cuerpo al caer sobre el suelo, así como la ausencia de otras heridas sangrantes... Todo apuntaba en la misma dirección: muerte por estrangulación, y así lo reflejaré en la introducción de la autopsia porque creo que hay que tenerlo en cuenta como antecedentes, pero lo cierto es que las conclusiones finales de la autopsia apuntan en otra dirección completamente distinta.

—...

—La mujer ha muerto de una simple parada cardíaca. No tiene síntomas de estrangulamiento más allá de esas marcas que, al fin y al cabo, son meras coloraciones del tejido subcutáneo no producidas por ningún ataque. No hay síntomas de heridas, ni fricciones, ni fracturas, ni huellas... nada. Paro cardíaco, algo por otro lado nada extraño en una persona de ochenta y tantos años.

—¿Y no es posible que el santero, o quien haya sido el asesino, empezara a estrangularla y ella muriese de paro cardíaco antes, a causa del pánico de verse atacada?

—Sí y no, sí que es posible que una persona muera por paro cardíaco mientras otra intenta matarla de otro modo, pero en este caso en concreto no lo veo así porque habrían quedado marcas de algún tipo y no las hay.

—Olvidas las marcas del cuello y lo que has dicho de la lengua...

—Lo de la lengua desde luego no puede tener ninguna relación con el paro cardíaco, en cuanto a las marcas, lo he estado pensando con detenimiento y he llegado a la conclusión, aunque no puedo demostrarlo científicamente, de que son marcas psicósomáticas, y por ende, lo mismo podría ocurrir con lo de la lengua.

—¿Psicósomáticas? ¿Qué coño estás diciendo? —Gregorio sostenía en esos momentos las fotografías que había sacado del expediente que todavía guardaba en el cajón de su escritorio. Eso le hizo recordar que debía archivarlo por si alguien más en la comisaría lo buscaba—. Estoy viendo ahora mismo esas marcas, y la lengua de la víctima que casi toca el suelo... ¿Cómo va a ser eso psicósomático? Me estás tomando el pelo.

—No, no te estoy tomando el pelo. Ya me gustaría poder encauzar la autopsia hacia pruebas más concretas, pero estoy prácticamente convencido de que todo ha sido psicósomático, o sea, que no corresponden a un daño real sino que, de alguna manera, las ha producido el cerebro de la víctima.

—¿Insinúas entonces que la víctima «creía» que la estaban estrangulando y eso hizo que su cuerpo reaccionara como si en realidad estuviera sucediendo tal cosa? Eso es absurdo.

—Menos absurdo que los estigmas y cosas similares. Seguro que conoces algún caso de esos. Hay muchos estigmas que se ha demostrado que son un fraude, pero para otros no se ha encontrado ninguna explicación científica. Lo único que está cada vez más claro es que el cerebro sigue siendo un misterio y que es capaz de muchas cosas. Al fin y al cabo hablamos de sugestión.

Pero la sugestión puede ser inducida.

—¿Y podría haberla sugestionado el santero? —preguntó siguiendo el hilo de sus pensamientos que intentaban adaptarse con rapidez a las nuevas circuns-

tancias.

—No lo sé. ¿Te refieres a que la hubiera hipnotizado o algo así para que pensara que la estaban estrangulando?

—Más o menos. No entiendo de sugerencias más allá de las de los perros de Pávlov.¹²

—La verdad es que no tengo ni idea. En cualquier caso la autopsia no reflejaría tampoco ningún supuesto caso de hipnosis salvo que fuera causado por alguna sustancia, y todos los análisis han resultado negativos. La víctima no había bebido alcohol ni tomado ninguna medicación o toxina en, al menos, las veinticuatro horas anteriores. Hay que buscar la explicación en otro lugar.

—Pero ¿dónde?

—Creo que en eso no te puedo ayudar. Te he llamado antes de cerrar el informe por si me podías aportar algo que me diese ideas nuevas. He llegado a un callejón sin salida y no veo otra explicación.

—Resumiendo... entiendo que con el informe definitivo que aportarás no tengo ninguna manera de sostener la acusación de asesinato contra el santero...

—Me temo que no. Ni contra el santero ni contra ninguna otra persona. No hay síntomas de violencia, ni huellas, ni nada de eso, por mucho que pueda resultar contradictorio con la forma en que fue encontrada la víctima.

—Pero los gritos que oyeron los vecinos...

—Supongo que si de verdad la víctima creía que la estaban estrangulando y eso le causó la parada cardiorespiratoria, sus sensaciones serían similares a si eso estuviera sucediendo de verdad, pero el simple hecho de que la oyeran gritar me da todavía más la razón.

—No te entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con tu argumentación?

—En el lugar en donde están las marcas, si realmente hubiesen sido ocasionadas por unas manos que la estuviesen estrangulando, eso hubiese impedido a la víctima gritar. Simplemente le hubiera sido imposible hacerlo. Si gritó mientras «la estrangulaban» es porque no la estaban estrangulando. Así de claro.

—¿No podría gritar en ningún caso?

—Sí, todo depende de cómo la tuviera sujeta el asesino. Ahora estoy «suponiendo» que las marcas del cuello hubiesen sido hechas por el estrangulador...

12 Pávlov es conocido sobre todo por formular la ley del reflejo condicional, la cual desarrolló entre los años 1890 y 1900, después de que su ayudante E.B. Twimyer observara que la salivación de los perros que utilizaban en sus experimentos se produjese ante la presencia de comida o de los propios experimentadores. A raíz de aquello determinó que podía ser resultado de una actividad psicológica inducida.

De ser así, por el lugar donde se encuentran, te aseguro, y puedo jurarlo ante el Tribunal, que la víctima no habría podido gritar.

—Joder...

—Lo siento, pero creo que no tienes caso de ninguna de las maneras.

—¿Y lo que decía el santero de que había visto al marido muerto estrangulándola... ?

—Bueno, a él no le he hecho ningún análisis. —Gregorio adivinó una sonrisa al otro lado del teléfono—. Lo mismo el santero sí que estaba colocado hasta las cejas.

—Entiendo.

Pero no lo entendía. No quería entenderlo. No entendía nada de lo que estaba sucediendo ni por qué tenía que irse al traste todo el caso de repente. El testimonio del santero le había parecido absurdo pero al mismo tiempo le había generado sus dudas, en especial por las malditas marcas del cuello de la víctima —volvió a mirar la fotografía que sostenía en la mano libre—; pero si nada de eso podía tenerse en cuenta y todo se acababa achacando a algún extraño caso de sugestión... no había asesinato, salvo que se pudiera demostrar que la sugestión había sido inducida por el asesino para provocar el fatal desenlace. ¿Cómo iba a demostrar tal cosa? Además, ¿por qué no podía estar en lo cierto su amigo?

Tenía que hablarlo con Consuelo. Él entendía más de hipnosis y puede que le aclarara alguna cosa.

Lo llamó a casa pero no contestó nadie. El móvil de Gabo no daba señal.

¿Dónde coño os habéis metido ahora los dos?

3

Por lo visto, al final doña Amalia tenía razón y sí que había algo enterrado en la tienda. En realidad la palabra «enterrado» no era la más apropiada porque la caja simplemente estaba escondida debajo de las tablas de madera del suelo del armario. Era la típica caja fuerte portátil de oficina de escasa seguridad, con una cerradura sencilla. Mediría unos veinte por veinte centímetros de base y era verde, con un clásico esmalte martelé que le daba un aspecto retro muy bien cuidado. Apenas algo de polvo cubría la superficie y el asa metálica.

—Supongo que esa llave no la tendrá —bromeé dirigiéndome a doña Amalia.

—¿Cómo voy a tener la llave? —replicó sin entender la broma.

—Tendremos que llevárnosla, no creo que sea muy complicado abrirla, pero

aquí llamaríamos mucho la atención con los golpes.

—Lo que deberíamos hacer es destruirla —dijo Amalia.

—Si contiene algo relacionado con un sortilegio de magia negra, lo que hay que hacer es quemar el interior, pero para eso primero tendríamos que abrir la caja de todos modos, así que mejor nos la llevamos a casa. Con un martillo y un escoplo pronto la tendremos abierta.

—Está bien —dijo Amalia dándomela.

La caja pesaba un montón. Fuera lo que fuese lo que contenía era bastante sólido, además de que la caja en sí misma por el tamaño que tenía y siendo de hierro, ya debería pesar lo suyo.

Salimos de la tienda y doña Amalia cerró la puerta de la calle con llave, lo cual me resultó curioso. Era como si hubiese terminado su jornada laboral en la tienda y se dispusiese a ir a casa para volver al día siguiente al trabajo, lo mismo que seguramente había hecho cada día durante años.

Segunda parte

«La gente siempre obtiene lo que pide. El único problema es que antes de obtenerlo, nunca sabe lo que de hecho pidió».

Aldous Huxley

¿Magia negra?

1

Al salir de la tienda sonó el teléfono de Gabo con una musiquilla insistente que no me gustaba nada. Cien veces le había dicho que la cambiara, pero no me hacía el menor caso.

—Vaya, es Gregorio —dijo mirando la pantalla mientras descolgaba.

—Hola Gregorio, ¿qué tal?

—¿Dónde coño os habéis metido? ¿Está Consuelo contigo?

—Sí, lo tengo aquí mismo a mi lado. Te lo paso.

—Es Gregorio —me repitió dándome el móvil.

—Parece que está cabreado —añadió susurrando.

—Hola —dije sin entusiasmo. No me apetecía hablar con él y menos si como había dicho Gabo no estaba de buen humor.

—Consuelo, necesito que vengas a la comisaría.

¿Otra vez con la misma historia? —pensé mordiéndome la lengua.

—¿Algún problema? ¿No estarás pensando en detenerme esta vez?

—No, no voy a detenerte.

Si fueses a detenerme no me lo dirías. Estoy seguro de ello.

—¿Es muy urgente? Tengo unas cosas que hacer...

—Cuando antes puedas venir mejor.

—Está bien, ahora nos acercaremos. Dame una hora.

—¿Qué quería? —me preguntó Gabo cuando le devolví el teléfono.

—No lo sé, se le notaba preocupado. Quiere hablar conmigo otra vez.

—Si no te ha dicho que tiene buenas noticias será que no lo son.

—Eso mismo he pensado yo, pero ¿qué quieres que haga? Tendré que ir.

—¿No vamos a abrir la caja primero? —preguntó Amalia a quien yo había olvidado por completo.

—Hagamos una cosa, la dejamos a usted en casa y nosotros nos llevamos la caja para abrirla.

—Nada de eso. La caja se viene a casa conmigo.

—Pero usted no podrá abrirla.

—Pues me esperaré a que vengán a casa para abrirla.

—Está bien. Intentaremos ir todavía esta tarde, cuando salgamos de comisaría. ¿Le parece bien?

—Vale, pero yo me quedo con la caja —insistió de nuevo.

—Usted se queda con la caja, sí —le dije resignado y se la entregué.
Subimos al coche, dejamos a Amalia en su casa y nos fuimos a comisaría.
Otra vez.

2

Nada más llegar a la comisaría, Gregorio nos contó todo lo que le había dicho su amigo el forense sobre la autopsia de doña Marisa.

—Todo lo que os acabo de decir es confidencial. En realidad no debería de hablar esto con vosotros, pero bueno...

Gregorio parecía que nos estuviese salvando la vida. En esos momentos, debo admitir que tenía sentimientos contradictorios hacia él. Seguía viéndolo como un policía que solo pensaba en el caso, sin importarle para nada en qué me pudiera afectar la situación, pero por otro lado quería convencerme a mí mismo de que se comportaba como un verdadero amigo y estaba favoreciéndome con su trato y queriendo evitar a toda costa mi detención.

—Yo no puedo añadir nada a eso. Pero si en definitiva nadie ha estrangulado a doña Marisa... y lo único que hay es un testimonio del santero de que la ha matado un espíritu asesino enviado por mí... ¿qué quieres que te diga?, creo que a tu amigo le asiste toda la razón y simplemente no tienes caso. No hay asesinato y por lo tanto no hay criminal... y no puede haber detenido, ni juicio, ni condena.

—Supongo que al final será así.

—Parece que te moleste que no la hayan asesinado. ¿No es mejor que haya muerto de muerte natural?

—No es que me moleste, solo que no puedo estar seguro de ello y supongo que nunca llegaré a estarlo del todo. ¿Y si la han matado y nos limitamos a cerrar el caso por falta de pruebas?, además, ¿qué hay de natural en morir de un ataque al corazón, de puro pánico, por pensar que te están estrangulando? ¿De verdad te parece eso una muerte natural? Yo no la quiero para mí.

—En cualquier caso siempre será mejor que un culpable —si lo hubiere— quede libre, que encerrar a un inocente por un crimen inexistente.

—...

—¿Hasta cuándo vas a retener a Víctor en los calabozos?

—Mañana tendré que soltarlo o llevarlo ante el juez, pero si lo llevo con las pruebas que tenemos en estos momentos, está claro que voy a hacer el ridículo más espantoso y de todos modos lo vamos a tener que soltar antes o después.

—Sabes que Víctor no me cae bien y que considero que es un farsante, pero si te he de ser sincero, no creo que sea un asesino. Doña Marisa ya era muy mayor y estaba muy alterada, un ataque al corazón no es nada extraño en esas circunstancias, y si el forense te lo certifica así, no deberías darle más vueltas.

—No parece importarte demasiado que el santero te haya acusado a ti del crimen.

—¿De un crimen que no ha existido nunca? —sonreí—, hace tiempo que decidí no guardarle rencor a nadie. Se vive mucho más tranquilo de ese modo. Créeme.

A pesar de lo que le dije a Gregorio, lo cierto era que sí que me sentía dolido y no me iba a resultar tan sencillo perdonarle al santero su intento de cargarme con el muerto, pero al mismo tiempo me sentía aliviado. Aliviado de no verme privado de libertad y de no tener que defenderme de unas acusaciones tan graves. Lo mejor ahora era olvidarse de todo lo sucedido, pasar página y visitar a Amalia para ver qué demonios había en la caja rescatada de la tienda. Aunque eso ya no tuviera ninguna relevancia para el caso.

—Pero no me has dicho lo que opinas de la sugestión. ¿Crees que podría, de alguna manera, ser inducida por la hipnosis?

—Conozco el campo de la hipnosis terapéutica, y desde esa perspectiva no lo veo posible. Tampoco pienso que se pueda hipnotizar a alguien sin su consentimiento. A pesar de eso, no puedo ser categórico, pero no creo que nadie pudiera hacer creer a otra persona que la están estrangulando hasta el extremo de que eso llegara a ocurrir.

—Olvidémonos entonces de que sea inducida, ¿hasta qué punto piensas que puede ocurrir algo como lo que dice el forense? Que aparezcan marcas en el cuello por el simple hecho de que una persona crea que la están estrangulando.

—En eso creo que el forense puede estar acertado. Incluso en la comparativa con los estigmas. El cerebro es lo más misterioso del mundo con diferencia, mucho más inescrutable que el fondo del océano más profundo o el mismo origen del universo. Una persona puede tener alucinaciones y jurar que ha visto cosas que en realidad no son más que eso: alucinaciones. El cerebro es el que lo analiza todo y, por lo tanto, acabamos viendo una interpretación subjetiva creada en base a ese análisis, una simple película manipulada y no la realidad. Hace poco leí que un científico estadounidense afirmaba que, incluso la muerte, era tan solo una ilusión del ser humano.

—¿Quiere eso decir que no existe la muerte? —intervino Gabo listo para empezar una discusión.

—Algo así. Lo que dice este científico¹³ es que la muerte solo existe en la

13 Robert Lanza, investigador norteamericano de la Escuela de Medicina de

propia conciencia del individuo en sí mismo, y lo mismo afirma del espacio y del tiempo, que son simples instrumentos de la mente. Por eso asegura que la muerte no existe en un sentido real, y que la idea de morir es algo que se nos ha inducido a aceptar a lo largo de generaciones.

—No lo veo claro —intervino esta vez Gregorio mientras Gabo asentía con la cabeza como validando su comentario.

—Yo solo digo lo que leí hace unas semanas y porque viene un poco al caso que estamos comentando. Tampoco es que me convenzan cien por cien sus teorías. Me parecen un tanto surrealistas.

—Es que no se puede negar la muerte. Ahí tienes un ejemplo. —Gregorio me mostró la fotografía de doña Marisa que no había dejado de manosear en todo el tiempo en el que habíamos estado hablando y que ya tenía las esquinas algo dobladas.

—Bueno, eso tampoco lo niega este científico. Precisamente dice que creemos en la muerte porque la asociamos con nuestros cuerpos y vemos cómo estos mueren.

—En definitiva, que lo único que afirma este buen hombre es que hay vida después de la muerte y que el cuerpo es un mero envase transitorio. Más o menos lo mismo que nos han enseñado toda la vida en clases de religión y en el catecismo cuando íbamos a tomar la primera comunión.

—Más o menos, pero va un poco más allá. ¿No os parece? Me hace pensar en que la realidad no siempre tiene por qué ser lo que vemos o lo que oímos. Hay muchos aspectos subjetivos en nuestra existencia que no somos capaces de analizar. ¿Cómo podemos afirmar que doña Marisa no creyera realmente que estaba siendo estrangulada? Yo no estaba presente, pero sí que la vi unas horas antes y os aseguro que estaba muy desquiciada. No hablaba con coherencia y decía no sé qué cosas sobre algo que había soñado.

—¿Crees que no estaba en sus cabales?

—Al menos no estaba como solía estar. La vi muy descentrada y no quiero decir con ello que estuviera loca, pero sí que podría estar afectada por algo que hubiese soñado esa noche.

—Vaya mierda.

—¿Ya has pensado en lo que vas a hacer con Víctor? ¿Vas a decirle algo hoy sobre lo que hemos hablado?

—No. Lo soltaremos mañana. Confirmaré con el forense que no haya cambios de última hora en la autopsia y si es así, quedará libre, salvo que apareciera alguna prueba de última hora que transformase de nuevo este caso de muerte

natural en asesinato.

—¿Entonces no pasará a disposición judicial tampoco?

—No puedo mantener una acusación si no hay crimen. ¿No es eso lo que has dicho tú?

3

Salí de allí contento y aliviado, tengo que admitirlo. Después de la segunda llamada de Gregorio para que volviera a visitarlo a la comisaría, ya me veía detenido y sin saber cómo defenderme de una acusación absurda y sin sentido. En cambio ahora, si como aceptaba Gregorio, no había caso de asesinato, tampoco podía haber acusación alguna hacia mí aunque el santero hubiese dicho que yo era el responsable de lo ocurrido. Eso me hizo sentir bien y creo que se me notaba en la cara. Nunca he sido muy dado a la euforia ni a mostrar mis sentimientos, pero el alivio, cuando uno ha estado sometido a tensión continua, es algo que no se puede disimular.

—Se te ve muy contento —me dijo Gabo cuando subíamos al coche.

—¿Cómo estarías tú en mi caso? No sabes el peso que me acabo de quitar de encima en los últimos momentos de la entrevista, o del interrogatorio, porque ¿cómo llamarías tú a lo que nos ha sometido Gregorio?

—Supongo que podríamos llamarlo interrogatorio informal. Algo que no quedará registrado en documento alguno y que no será archivado en el expediente.

—Sí, puede que haya sido eso. Un interrogatorio informal, y lo que más me molesta de todo el asunto es que si Gregorio no ha quedado convencido de que no tiene caso, aún le puede quedar la duda, aunque sea pequeña, de que yo haya tenido algo que ver con la muerte de doña Marisa.

—No creo. Tal vez al principio sí, pero a estas alturas le debe de haber quedado claro.

—Ojalá tengas razón, en cualquier caso supongo que entiendes mi alivio al salir de la comisaría.

—Lo imagino. No debe ser agradable que lo acusen a uno de un asesinato sin comerlo ni beberlo.

—Olvidemos el asunto y vayamos a ver a doña Amalia y el conjuro ese del demonio. Tengo curiosidad por ver en qué consiste.

—¿No sabes cómo funciona eso de la magia negra?

—La verdad es que no. He hecho algunos rituales para neutralizar este tipo de

cosas, pero la magia negra es algo que nunca he practicado y a la que le tengo mucho respeto.

—Pensaba que no creías en ella.

—No creo en Víctor y en muchos como él, pero por lo demás... prefiero no profundizar.

—Tú no tienes respeto por la magia negra, lo que te da es un miedo que te cagas.

—Llámalo como quieras, yo prefiero considerarlo simple prudencia ante lo desconocido. He visto cosas inexplicables, y no solo en la magia negra; también en mi campo del espiritismo. Cosas en las que uno no cree hasta que le suceden.

—¿Y cómo hacer para neutralizar esas cosas?

—Hay muchas maneras. Una de ellas es enterrar también, lo más cerca posible de donde se supone que está enterrado el trabajo de la magia negra, una caja en cuyo interior se pone la fotografía de la persona o personas amenazadas y algún objeto que les sea cercano o que haya estado en contacto con ellos, tal vez un pañuelo, o una corbata, y todo ello cubierto con sal gruesa. Se hacen unas oraciones antes de cerrar la caja... y poco más.

—¿Y eso funciona de verdad?

—Querido Gabo, eso es como todo, y tal vez yo no debería decirte lo que te voy a decir...

—Je, je... pareces el comisario...

—Si la magia negra puede funcionar por sugestión... ¿por qué no iba a hacerlo también la magia blanca?

—Pero esa afirmación va en contra de todos tus principios.

—Ya te comentaba que era algo que no debía decirte —recuerdo que le sonreí. Era cierto que estaba de muy buen humor y quizás por eso le acabé hablando de manera tan sincera.

—¿Vamos directamente a casa de Amalia? —me preguntó Gabo.

Él seguía siendo muy escéptico en lo referente a muchas de las cosas que yo hacía y por eso se le veía satisfecho, porque de alguna manera yo acababa de admitir que ciertas cosas funcionaban más por sugestión que por otros motivos más espirituales o esotéricos.

—Sí, por favor, pero sin prisas. Disfrutemos del paseo por las calles de Valencia.

—Si a esto de ir en coche de atasco en atasco se le puede llamar pasear...

—Pues claro que sí. Conduce y no seas negativo.

Llamamos al timbre del portón del edificio y doña Amalia nos abrió sin decir nada a través del telefonillo. Supongo que nos habría visto por el videoportero. Subimos las escaleras y llegamos —al menos yo— sin aliento. La puerta estaba entreabierta.

Me sorprendió que esta vez fuera tan poco cauta en comparación con nuestra anterior visita. No quise entrar sin avisar a pesar de todo y llamé dando unos golpecitos sobre la misma.

—¿Doña Amalia?

—Adelante.

Entramos y lo que vimos nos dejó sin aliento a Gabo y a mí.

¿En eso consistía la magia negra?

Tres millones de las antiguas pesetas

1

Entramos y lo que vimos nos dejó sin aliento.

¿En eso consistía la magia negra? —me pregunté al ver la caja fuerte abierta.

Doña Amalia estaba sentada mirando la caja y su contenido que estaba esparcido por encima de toda la mesa.

—¿Cómo la ha abierto? —le pregunté.

—Tenía la llave —sonrió como si fuera una niña traviesa.

—¿Tenía usted la llave de la caja fuerte? —No podía creerlo.

—Sí, cuando llegué a casa recordé que no era la primera vez que la veía. Esa caja era de mi marido, así que supuse que él debía de tener la llave. Busqué en el cajón donde todavía guardo sus cosas y ahí estaba —doña Amalia cogió un llavero con al menos diez llaves de distintos tamaños y nos lo mostró.

Entre las llaves había una pequeña que encajaba a la perfección en la cerradura de la caja verde.

—¿Y ese dinero? —le pregunté señalando los billetes de cinco mil pesetas que cubrían toda la mesa.

—Por lo visto lo tenía guardado mi marido. No sabía de su existencia. Hay tres millones de pesetas.

—Waw... —exclamó Gabo.

—Pero entonces —dije yo—, eso no es lo que estábamos buscando en la tienda.

—No, desde luego, pero por lo visto tenía yo razón. Esto lo demuestra —dijo doña Amalia toda animada cogiendo unos billetes entre sus manos.

—¿A qué se refiere?

—A que al morir mi hermana, el hechizo, fuera cual fuese, ha desaparecido por completo y ya se ha terminado mi mala suerte.

Gabo y yo nos miramos sin saber qué decir al respecto.

—¿Qué va a hacer con ese dinero ahora?

—Lo he estado calculando —dijo mostrándonos una vieja calculadora solar que estaba al lado de la caja fuerte— y esto son unos dieciocho mil euros al cambio. Dos años y medio de mi pensión. No está nada mal, lo llevaré al banco para alguna emergencia.

—Pero si son pesetas... —dije yo.

—Eso no es problema —intervino Gabo antes de que doña Amalia dijese

nada.

—¿No había un plazo para cambiarlas en el banco?

—Sí, pero finalizado el plazo, las pesetas se pueden cambiar todavía. El único problema es que hay que ir a una de las oficinas del Banco de España y no a cualquier otro banco.

—Pues en ese caso... —añadió doña Amalia mientras recogía los billetes y los volvía a meter en la caja fuerte— iré al Banco de España. Creo que la oficina está en la calle Barcas, ¿no?

—Si no lo han cambiado de sitio en los últimos años o lo han cerrado, sí, por allí estaba.

—Estupendo.

—Entonces... lo de buscar la caja con el conjuro de la magia negra... —dije un tanto desilusionado.

—¿Para qué? ¿Se acabó mi mala suerte! Miren —dijo mostrándonos otra vez un puñado de billetes.

2

Al día siguiente decidí ir a la consulta del santero. Quería que me contara con más detalle lo sucedido. Nos presentamos allí sin avisar y llamamos a la puerta. Una puerta normal y corriente que no aventuraba nada sobre lo que podría haber a la otra parte, aunque, ¿qué tenía de especial la puerta de mi casa? Lo cierto es que nada, también es una puerta más, solo eso. A veces esperamos encontrar señales en todas partes que nos den pistas sobre lo que encontraremos al siguiente paso que demos, pero no siempre tiene por qué ser así, o tal vez es porque no estamos lo bastante atentos en el día a día y quizás por eso, a veces, nos llevamos sorpresas que podríamos haber previsto.

Abrió Víctor en persona. La verdad es que desconozco si tiene alguna especie de ayudante o si comparte con alguien la consulta. Tampoco sé por qué me llamó la atención este punto, yo creo que fue más por la forma de recibirnos que por el hecho de que hubiese abierto personalmente.

—Pasad, os estaba esperando —dijo para nuestra sorpresa. Parecía sincero y contento.

¿Por qué nos esperabas? —pensé.

—¿Acaso ahora eres también adivino? —le pregunté con cierta sorna. Mis prejuicios hacia el santero me hacían comportarme de manera incorrecta. Tenía que aprender a controlar más mis emociones en el futuro, aunque ya con

esta edad sé que me va a resultar difícil.

—Bueno, ya sabes que con nuestras actividades esas cosas se dan por hechas, ¿no eres también tú un poco adivino? —me devolvió el envite con elegancia.

Atravesamos un par de estancias poco iluminadas hasta llegar a una especie de salita donde supuse que atendía a sus clientes. Eso me erizó los pelillos de la nuca al imaginarme a doña Marisa allí tirada. Recordé las fotos que me había enseñado Gregorio e intenté situar el cuerpo en aquella sala pero me fue imposible, no encontré ninguna referencia lo bastante clara para hacerlo.

—Si os estáis preguntando dónde murió doña Marisa fue ahí mismo —dijo señalando un lugar del suelo a apenas dos metros de donde yo me encontraba.

Mi reacción fue dar un paso atrás y luego mirarlo. Creo que Gabo hizo algo parecido.

—Bueno, es normal que adivinara lo que estabais pensando —dijo con una sonrisa divertida—, tampoco tenéis por qué darme mucho mérito por ello. ¿Nos sentamos por aquí o preferís que vayamos a otro lugar de la casa? Quizás os moleste estar tan cerca del «lugar de los hechos».

—No, donde sueles atender a las visitas nos irá bien —dije mirando a Gabo esperando que no me contradijese.

—Sí, sí, por supuesto, donde tú quieras —añadió Gabo siguiéndome la corriente.

—Pues tomad asiento, por favor. ¿Qué os trae por aquí? Es un honor teneros en mi consulta.

—Supongo que lo imaginarás puesto que nos estabas esperando.

—Tengo curiosidad por los detalles más que por los conceptos generales.

—Básicamente quería que, si es posible, nos contases lo sucedido aquí y me aclarases los motivos que te indujeron a implicarme en el supuesto crimen.

—¿Supuesto? —preguntó levantando una de las cejas. Creo que fue la derecha. Y la levantó mucho, lo cual cambió por completo la expresión de su cara.

—Bueno, gracias a ello estás libre. ¿Acaso crees todavía que fue un asesinato?

—La verdad, no lo sé.

—Tú estabas aquí cuando sucedió. ¿No?

—Sí, eso es cierto, pero ya empiezo a dudar de lo que vi, o más bien, de lo que creí ver. Es posible que yo también estuviese influenciado por lo que me había contado la vieja —seguía llamándola así despectivamente— y estuviese tan sugestionado como ella.

—Pero ¿por qué dijiste que había sido cosa mía?

—Porque en esos momentos lo creí. No fue malintencionado. Ella vino muy alterada echando pestes sobre ti y diciendo que no querías colaborar. Luego

empezó a hablar de sus sueños y de lo que recordaba y lo que no, de que su marido la estaba estrangulando... no sé. La verdad es que ahora lo miro retrospectivamente y me parece todo muy absurdo, pero es que su muerte lo fue. ¿Cómo puede explicarse?

—Creo que no puede, al menos no racionalmente. La parte científica no deja de ser también una suposición en este caso.

—Supongo que te refieres a lo de la sugestión, a que acabase muerta pensando que estaba siendo estrangulada, ¿no?

—Sí, y lo de esas marcas en el cuello, lo de la lengua... todo apuntaba a que la habían matado de ese modo.

—Bueno, ahora ya parece que no hay sospechas —afirmó el santero.

—Más bien creo que lo que no hay son pruebas. Las sospechas siguen existiendo, al menos por parte de la policía.

—Ni siquiera me han hecho declarar ante el juez... y a ti tampoco.

—Pero por falta de pruebas, no por falta de sospechas. No me sorprendería que la investigación siguiese adelante.

—El caso está cerrado. Como mucho, el estúpido ese del comisario podrá hacer algunas indagaciones por su cuenta, pero serán a título particular. Y te aseguro que a estas alturas no llegarán a ninguna nueva conclusión. Al final tendrán que admitir la evidencia, y la evidencia es que la vieja murió de un ataque al corazón. Además, tenía ya más de ochenta años, no iba a vivir para siempre...

—¿Pero qué viste en realidad?

—Ya te lo he dicho, después de contarme un montón de insensateces y ponerme la mar de nervioso con sus movimientos arriba y abajo de la sala porque no paraba quieta ni un solo instante, se llevó las manos al cuello y se puso a gritar. Me pareció ver una especie de sombra encima de ella. Creo que el resto lo imaginé. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿No tenía esas marcas cuando llegó?

—Eso sí que te lo puedo asegurar, pero no sé si se las provocó ella misma cuando se llevó las manos al cuello. La verdad es que tenía las cortinas corridas y tampoco había demasiada luz aquí dentro. Hoy las he abierto del todo porque me siento agobiado cuando entro y no hay mucha luz. Enseguida me imagino a la vieja dando gritos y echándose las manos a la garganta. Fue muy desagradable. Lo más desagradable que me ha pasado en muchos años, y mira que me han pasado cosas raras.

—¿Y por qué vino aquí?

—Porque tú no la atendiste. Al menos eso es lo que me dijo.

—Ya, pero tú no te dedicas a convocar espíritus y lo que ella quería era hablar con su marido.

—Ella no sabía lo que quería y de eso tendrías que haberte dado cuenta ya. Estaba desquiciada, joder. ¿O no es así?

—Es posible, pero creo que sí que sabía lo que quería. Lo que yo le dije es que las cosas no son tan fáciles como pretendía ella.

—Pues vendría aquí porque no tendría otro lugar al que acudir. Si lleva toda la vida acudiendo a tu consulta... además, también me habló de un trabajo antiguo que le hice hace ya un montón de años.

—¿El de la tienda de la hermana?

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos estado hablando con Amalia, y hemos estado en esa tienda.

—¿Todavía no la han derribado? —parecía sorprendido.

—Sigue en el mismo lugar, clausurada y bastante deteriorada, pero allí está. ¿Qué enterrasteis en ella?

—Yo no he enterrado nada en ninguna parte.

—Pero te vieron salir de la tienda.

—Eso es cierto, o creo que lo es. Tampoco estoy muy seguro. Hace un siglo de eso. Parece que ocurrió en otra vida.

—Amalia dice...

—Amalia es otra vieja chocha tan loca como su hermana —interrumpió el santero, esta vez bastante alterado. Parecía haber cambiado de humor por el simple hecho de mencionar a Amalia.

—Bueno, es mucho más joven que su hermana, y parece tener la cabeza bastante lúcida todavía. Y lo que nos dijo es que su hermana vino a pasar un fin de semana y se instaló en la tienda. Cuando fue a verla tú salías de allí. Debiste verla.

—Es posible que yo le llevara algún encargo. Pero te aseguro que no enterré nada. No suelo enterrar mis propios trabajos.

—Pero haces trabajos de magia negra.

—Joder, no es ningún secreto, me dedico a eso toda la vida.

—¿Y qué trabajo le hiciste a doña Marisa?

—No me acuerdo...

—Víctor... por favor... no me digas eso.

—Pero es cierto, ¿sabes cuánto tiempo hace? Yo no llevo ningún registro de mis clientes más allá de una agenda con sus teléfonos. Y facturas hago pocas, menos por aquel entonces que creo que no estaba ni dado de alta de autónomo.

Estoy harto de toda esta gente que nos chupa la sangre y quiere quedarse con nuestros beneficios. ¡Que trabajen ellos!

—Aunque no lo facturases...

—Es que no se trata de que lo facturase o no, se trata de que nunca he llevado fichas de clientes con seguimiento, y la agenda la sustituyo cada mes de enero y quemo la del año anterior. No me da la gana que venga un inspector de Hacienda listillo y saque sus conclusiones en base a unas anotaciones mías. Así que si alguna vez anoté algo del trabajo que le hice a la vieja, hace muchos años que esos datos pasaron a mejor vida mediante la purificación del fuego. No hay nada mejor que unas buenas llamas para limpiar y empezar de nuevo. ¿Tú no haces limpiezas? Te lo recomiendo, es reconfortante deshacerse de tanto en tanto de trastos viejos y de ataduras absurdas a las cosas materiales. Es una especie de ritual que hago, como mínimo, una vez al año.

—Entonces no me puedes decir nada...

—¿Por qué tienes tanto interés en eso?

—Digamos que ahora Amalia es mi clienta y tiene un problema.

—Un problema...

—Sí, el trabajo que hiciste hace tiempo y que todavía le está afectando.

—Ahora parece que ya no tanto —intervino Gabo.

Lo miré reconviniéndolo.

—¿No tanto? —preguntó el santero.

—Bueno, parece que dice que ahora que ha muerto su hermana, el conjuro o lo que demonios hicieseis, ha perdido todo su poder.

El santero sonrió primero y luego la sonrisa se convirtió en carcajadas.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—Me hace gracia saber que la gente piense que yo tengo tanto poder.

—Bueno, hemos estado hablando de que la sugestión influye mucho. Todos estos años ha estado sugestionada pensando que tú y su hermana hicisteis algo en su contra. Desde entonces todo le ha ido mal y lo achaca a lo mismo. Ahora se siente liberada y lo que pensaba que le pasaba ha desaparecido de un plumazo. Más sugestión. Podemos llamarlo así.

—Lo que no entiendo es que si ya está «curada», quieras hacer algo más por ella. ¿Por qué quieres saber los detalles de esa vieja historia?

—En parte por curiosidad, en parte porque el hecho de que ella crea que ya no le afecta es subjetivo, y en parte porque tampoco sé si alguna vez ha podido tener algún efecto ese trabajo o no.

—Si es que ha existido...

—¿Existió?

—Sí, supongo que sí. La vieja era clienta mía y estaba celosa de su hermana.

—¿Celos?

—Sí, eso lo recuerdo bien. Creo que se llevan veinte años...

—Dieciocho —puntualizó Gabo.

—Dieciocho, veinte, ¿qué más da? El caso es que una vieja es mucho más vieja que la otra. La muerta se quedó viuda cuando su hermana tendría poco más de veinte años. Por cierto, era muy guapa de joven, no sé ahora cómo será.

—Está muy envejecida. Parecía mayor que doña Marisa.

—Qué lástima. El caso es que Marisa, después de quedar viuda se enamoró de otro señor...

—Sí...

—¿Lo sabías?

—No, la verdad es que no lo sabía. Nunca hemos hablado de eso. Siempre que venía a mi consulta era para contactar con su marido fallecido.

—Bien, pues resulta que estaban a punto de casarse cuando el hombre, de buenas a primeras decidió cambiar de hermana.

—¿Cambiar de hermana?

—Sí, se fue a calentar la cama de la pequeña Amalia.

—¿Quieres decir que el marido de Amalia, el de la tienda... era el prometido de doña Marisa?

—Eso mismo. De ahí la diferencia de edad entre Amalia y su marido, y de ahí también el odio que Marisa sentía por su hermana. Primero vino a que le hiciera un amarre. Quería recuperar a su prometido.

—¿Y lo hiciste?

—Sí, le hice un amarre, estuvimos algún tiempo trabajando en ello, pero al final el hombre se casó con la pequeña. Aunque conseguimos en cierto modo recuperarlo...

—¿A qué te refieres?

—Bueno, parece ser que durante algún tiempo el hombre jugaba con dos barajas. Ya me entendéis.

—Sí, creo que sí.

—Pero al final la jovencita ganó el partido y el señor de los ultramarinos volvió a la tienda con el rabo entre las piernas pidiendo perdón.

—Y entonces doña Marisa volvió a recurrir a ti para otro tipo de trabajo.

—Algo así. No recuerdo muy bien lo que le preparé, pero era algo para que la tienda funcionase mal. Marisa tenía algún dinerillo y lo que quería era provocar la ruina del hombre para que abandonase a su hermana y se fuese a vivir con ella de sus rentas. Las rentas que el anterior marido le había dejado. Supongo

que eso sí que lo sabrás.

—¿Lo de las rentas? Sí, creo que eso sí que lo hemos comentado en alguna ocasión.

—Le preparé algo que tenía que enterrar en la tienda, pero eso no era fácil porque ella no tenía acceso. Fui yo quien le di la idea de que pasara un fin de semana en la trastienda. Sabía que tenían una especie de habitación allí.

—Y lo enterró...

—Supongo. Desde aquel día ya no volví a saber de ella hasta... bueno, hasta lo que ocurrió aquí —señaló de nuevo el lugar donde se suponía que se había desplomado el cuerpo de doña Marisa.

—La tienda acabó cerrando, así que parece ser que el trabajo funcionó.

—Esa tienda hacía años que era una completa ruina. Los ultramarinos no tenían futuro y hubiera cerrado de todas maneras.

—No parece que confíes mucho en tus trabajos.

—Solo digo que si eran para cerrar la tienda no hacían ninguna falta. Estaba sentenciada. Lo que de verdad me extraña es que el hombre se acabase yendo con la joven que no tenía un duro y abandonase a la otra hermana con la que hubiera podido vivir sin preocupaciones el resto de su vida. Además, el negocio era de él, podría haber seguido con la tienda y con el dinero de la hermana mayor.

—Hay una cosa que se llama amor —dije no muy convencido.

—¿Qué sabrás tú qué es eso del amor?

—Que esté soltero no quiere decir que nunca me haya enamorado.

El santero torció la boca en un gesto que no supe interpretar muy bien. Preferí no profundizar.

—De todos modos no estamos hablando de mí. Estamos hablando de Amalia y de lo que le ha estado sucediendo todos estos años.

—¿Qué más se supone que le ha pasado?

—Bueno, su marido murió más o menos al mismo tiempo que la tienda acabó en ruina, y desde entonces no parece que le hayan ido muy bien las cosas.

—Cuando una persona es negativa todo lo que atrae a su vida es malo. Tampoco creo yo que se me pueda achacar a mí la culpa de nada.

—Eso no te lo voy a discutir, pero me gustaría destruir ese viejo trabajo.

—Pues destrúyelo. A mí me da lo mismo. Ya lo cobré hace muchos años.

—No sé dónde está.

—Tú mismo has dicho que en la tienda.

—Sí, pero hemos mirado en todas partes y no lo hemos encontrado.

—Yo no lo enterré y no os puedo indicar el lugar. Lo siento. Pero si tan em-

peñado estás, ¿por qué no preparas algo para neutralizarlo? Tengo entendido que haces cosas de esas. Somos una especie de contrincantes en este extraño mundo tan denostado y que tan poca gente respeta. El mago negro contra el mago blanco —sonrió.

—...

—Pero si quieres un consejo... deja las cosas como están. Amalia ahora está tranquila, la otra vieja está muerta, y nosotros tenemos sendos negocios que atender.

—...

—¿Amigos? —añadió levantándose y acercando su mano para que se la estrechara dando por terminada la reunión.

—Supongo que sí —le devolví el saludo y luego Gabo hizo otro tanto.

Salimos de allí un tanto desconcertados. Tenía que admitir que el santero desbordaba personalidad.

La mala suerte y el karma

1

No tenía ningún sentido guardarle rencor a Víctor por lo sucedido y, tal y como le había dicho a Gregorio, yo no creía que pudiese tener nada que ver con la muerte de doña Marisa. Puede que su forma de proceder no fuera la más apropiada, pero yo no era tampoco la persona más adecuada para juzgarle. También yo tenía mucho de lo que arrepentirme, incluso de la manera en que había tratado a doña Marisa cuando fue a pedirme ayuda. No puedo dejar de pensar que si la hubiese atendido de un modo diferente quizás estuviese todavía con vida. Es algo que nunca sabré.

Se lo comenté a Gabo después de salir de la consulta del santero y me dijo que todo sucedía porque tenía que suceder, que hay muchas cosas que no están a nuestro alcance y no podemos controlarlo todo. Son cosas que hace tiempo que sé, pero me viene bien que alguien me las recuerde de tanto en tanto; como ya he dicho antes, necesito que me bajen los pies al suelo a menudo y para eso Gabo es la mejor compañía que podría haber encontrado.

—¿Qué piensas de lo que nos dijo la señora Amalia? —le pregunté a Gabo refiriéndome a lo de que su suerte había cambiado.

—Después de todo lo que hemos vivido en este asunto, dudo incluso que esa supuesta magia negra se llegase a realizar y enterrar. Creo que durante todos estos años doña Amalia ha vivido sintiéndose amenazada y por eso las cosas no le han ido bien, porque nunca ha sido capaz de atraer cosas buenas. Eso es algo muy habitual de lo que no solemos ser conscientes ni siquiera los que sabemos que es así, ¿qué decir de las personas negativas que desconocen el poder nefasto de sus pensamientos?

—Es cierto, cuando pensamos en negativo solo acabamos atrayendo cosas malas. Es cuando pensamos en positivo cuando las cosas empiezan a ir por el buen camino. Tal vez por eso Amalia se sienta ahora mejor y el simple hecho de pensar que el conjuro ha dejado de ser efectivo mejorará su existencia.

—Podría ser, sí, podría ser. De todos modos hay algo que me sigue rechinando en la cabeza, algo que no me cuadra en este asunto. Sé que es una tontería, pero cuando me pongo a pensar en ciertos detalles ya sabes lo que me pasa.

—Sí, empiezo a conocerte bastante —sonreí.

—Me refiero a que cuando fuimos a la tienda Amalia continuaba pensando que la magia negra seguía actuando en su contra, a pesar de que su hermana estaba muerta. Fue cuando encontró el dinero en la caja cuando pensó que todo

había cambiado. Lo que me pregunto es, ¿por qué había cambiado su suerte si ella seguía pensando de manera tan negativa?

—Supongo que porque no todo tiene un efecto inmediato. No sé. A veces me cuesta pensar de manera tan sistemática. Pero todo parece haber acabado bien.

—Sí, salvo para doña Marisa.

—Tal vez no se mereciera ese tipo de muerte.

2

Doña Amalia había vuelto a meter el dinero en la caja y la había cerrado con llave, pero había dejado fuera algunos billetes que seguía sosteniendo entre sus manos. Le gustaba ese tacto metálico de los billetes nuevos, porque lo eran, a pesar de los años transcurridos, los billetes se habían guardado siendo nuevos y así seguían.

Se preguntaba por qué su marido no le había dicho nunca nada de ese dinero y si lo estaría guardando para irse a algún sitio, para abandonarla... otra vez.

Había llegado a odiarle, sus sentimientos hacia él habían sido de todo tipo durante los años en que habían estado juntos. Recordaba la primera vez que lo había visto cogido del brazo de su hermana mayor. Hacían tan buena pareja...

Sintió celos.

Muchos celos.

¿Por qué su hermana podía tener a un hombre tan elegante a su lado?, precisamente su hermana, mucho mayor que ella y carente de atractivo. En cambio ella era joven y guapa... y estaba sola. ¿Por qué?

La vida siempre se acaba complicando, aun cuando parece que todo funciona de manera engrasada y sin sobresaltos. Ahora, con esos billetes entre sus manos se preguntaba cómo habría sido su vida si el que había acabado convirtiéndose en su marido no se hubiese cruzado en sus vidas.

Fue el comienzo de una guerra que había durado toda una vida. Ella sedujo al prometido de su hermana, y lo hizo sin importar le lo más mínimo sus sentimientos; después de todo ella ya había tenido su marido y se había quedado viuda. ¿Por qué tenía que disfrutar de la compañía de otro hombre mientras ella seguía sola?

No le costó mucho seducirlo, conocía su atractivo y sabía lo débiles que eran los hombres. Todo era cuestión de tiempo y lo consiguió. Después vendrían las peleas con su hermana, las amenazas —incluso de muerte— que se intercambiaban entre ellas; dejaron de hablarse durante un tiempo y su hermana incluso

se fue de Valencia.

Ella y su marido se quedaron, pero se enteró de que Marisa y él se habían visto a escondidas alguna vez, y eso la puso celosa de nuevo. Tenía que poner remedio a la situación porque no podía permitir que su marido la abandonase para volver con su hermana. Eso no podía ocurrir.

Nunca.

No lo permitiría.

En la tienda tenían de todo.

Incluso estriknina.

3

La estriknina la usaban como matarratas y dada su peligrosidad la tenían guardada en la trastienda, en un armario bajo llave. Incluso llevaban un registro de los compradores.

Pero ella tenía acceso al armario y podía hacerse con pequeñas dosis sin que su marido lo notara. Los clientes acababan llevándose un poco menos de lo que se suponía que compraban y ella almacenaba la diferencia.

Sabía que la estriknina, aunque inodora, tenía un cierto regusto amargo, por eso siempre la había puesto en el café. Un café que su marido, además, tomaba siempre sin azúcar. Los primeros síntomas de dificultad para respirar y algunas convulsiones fueron evidentes al poco tiempo. Fue entonces cuando decidió reducir la dosis porque no quería alarmar a su marido. Eso alargó la enfermedad convirtiéndola casi en crónica. La tienda, cada vez más desatendida, iba de mal en peor hasta que tuvieron que cerrar.

Cuando su hermana la llamó, aparentemente para reconciliarse, aunque nunca habían dejado de tratarse del todo, quiso aprovechar para hacer lo mismo con ella, pero estuvo muy poco tiempo y, aunque la dosis que le puso en el café aquel día que el santero salía de la tienda era bastante elevada, no consiguió acabar con ella.

Ahora se encontraba con tres millones de pesetas que no sabía de dónde habían salido, dinero que su marido le había estado ocultando, posiblemente durante años. Al final el destino los pondría a todos en su sitio castigando a su hermana y premiándola a ella con una inesperada herencia que disfrutaría poco a poco, en pequeñas dosis, como su marido había «disfrutado» de sus pequeñas dosis en el amargo café.

Su mala suerte había terminado.

Esa noche dormí intranquilo, cosa que me resultó curiosa porque había pensado poder hacerlo de un tirón después del alivio de saber que todo se había arreglado y que la amenaza de la cárcel había desaparecido por completo.

En cambio tuve pesadillas, me desperté cien veces y me acabó asaltando la inquietud.

¿Qué estaba pasando?

Volví a pensar en las marcas del cuello de doña Marisa y en lo que había dicho Víctor sobre que su marido era quien la había matado, en la «sombra» que él había visto, pero que tan «claramente» había identificado ante mi amigo el comisario. A él le había dicho que se trataba, sin ningún género de dudas del marido de doña Marisa. Había olvidado preguntarle a Gregorio por la existencia o no de la supuesta foto de su marido que le había enseñado doña Marisa al santero, pero eso no tenía demasiada importancia. El hecho es que me parecía muy extraña la muerte de mi clienta, tanto si había sido por mera sugestión como si de hecho hubiese intervenido un ente incorpóreo. Que hubiese muerto de paro cardíaco no eliminaba la otra posibilidad. Si a alguien empieza a estrangularle un supuesto fantasma, es probable que se muera de miedo, y más si tiene ochenta y tantos y está delicado del corazón.

En mis sueños había visto cómo alguien o algo estrangulaba a doña Marisa; claro que no era más que un sueño o una pesadilla provocada por los últimos acontecimientos vividos y nada demostraba, pero tampoco demostraba nada la autopsia del forense amigo de Gregorio.

Desde que me levanté esa mañana no pude evitar que una idea me rondara la cabeza. ¿Podía el marido de doña Marisa tener motivos de venganza? ¿En qué podía cambiar la historia que Amalia nos había contado si teníamos en cuenta lo dicho por el santero? Dos hermanas celosas una de la otra, quitándose pretendientes y usando amarres y magia negra...

Descolgué el teléfono y llamé a Gregorio.

—Hola Consuelo, ¿qué tal estás?

—Estoy dándole vueltas a todo lo sucedido.

—¿Todavía? Creo que es mejor que lo olvidemos todo.

—De algo tendrían que servir mis percepciones, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Lo cierto es que no lo sé, pero tengo un palpito.

—Pues tú dirás.

—¿Podrías averiguar de qué murieron los maridos de ambas hermanas?

—Hace un montón de años de eso, pero supongo que de alguna manera podría averiguarlo. ¿Sospechas algo?

—No sé si son sospechas o cómo llamarlo, pero pienso que es posible que, y no te rías de lo que voy a decir, el universo esté atando algunos cabos sueltos. Puede que el karma tenga mucho que ver en todo lo que ha pasado.

—Qué misterioso te pones a veces.

Venganza póstuma

1

Gregorio tardó unos días en llamarme por teléfono. Mi vida había vuelto a la normalidad y en cierto modo había olvidado lo sucedido. La inquietud de la mañana en que me levanté después de las pesadillas parecía haberse evaporado.

—Me ha costado bastante hacer las averiguaciones, y tampoco es que hayan sido demasiado esclarecedoras.

—¿Qué has averiguado?

—Aparentemente los dos murieron por causas naturales y en ningún caso hubo autopsia, o al menos no he encontrado rastros de ello. Se murieron, los enterraron y punto. Lo único curioso es que en ambos casos se mencionan antecedentes de dificultades respiratorias. ¿Te sirve de algo?

—Es posible. Muchas gracias por la gestión.

—He tenido que pedir favores, espero que no hayan sido en vano.

Colgué y llamé a Gabo.

—Quiero hablar con doña Amalia. ¿Me llevas?

2

La encontramos un poco ida, pero con buena disposición a hablar con nosotros, de manera que decidí ir al grano. No tenía nada que perder a esas alturas y sí mucho que averiguar si tenía la suerte de haber acertado en mis sospechas y ella me aclaraba algunos puntos.

—¿De qué murió su marido? —le pregunté.

Ella me miró extrañada y dudó antes de contestar.

—Se puso enfermo, ya se lo dije, mi hermana tuvo mucho que ver en ese asunto y en lo de la tienda.

—¿Y el marido de su hermana? ¿De qué murió?

Sus ojos chispearon. Un brillo inteligente los iluminó.

—¿Qué está buscando?

—¿Por qué no me lo dice usted? —Intuía que había tocado algún resorte, pero no sabía cómo tirar del hilo.

—Yo siempre sospeché que mi hermana había tenido algo que ver con la muerte de su marido. Era su única heredera y gracias a ello ha vivido holgada-

mente toda su vida.

—¿Me quiere decir que su hermana era una cazafortunas?

—Yo no diría eso, pero no creo que sintiera la muerte de su marido, y hasta puede que lo ayudase a irse.

—¿Cree que lo envenenó?

Doña Amalia se rio de manera desagradable.

—Yo no creo nada, pero podría ser, y después hizo todo aquello de la magia negra con nosotros. Por celos. Seguramente se quería casar otra vez para heredar la tienda.

—¿Se refiere a casarse con su marido de usted?

—Sí, ellos habían sido novios antes, y sé que luego se veían a escondidas. Era todo muy desagradable.

—Su marido también murió envenenado. ¿No es cierto?

—...

—No tiene nada que temer. Usted misma dijo que había cambiado su suerte, que el maleficio de su hermana había muerto con ella. Ahora usted tiene el dinero de su marido y el delito está prescrito. Nadie la va a acusar de nada.

—¿Entonces por qué quiere saberlo?

—Necesito entender todo lo que ha ocurrido. Necesito comprenderlo.

Doña Amalia miró a Gabo que no había abierto la boca en ningún momento.

—Gabo es de total confianza. Cualquier cosa que nos cuente será nuestro secreto.

Sabía que la tenía, no podía dejarla escapar. Tenía que contármelo.

Y me lo contó.

3

En la historia de la humanidad existen muchos casos familiares de envenenamientos; por lo visto es algo común que más de un miembro de la misma familia tenga la misma tendencia asesina. En este caso ambas hermanas parecían compartir esta afición por la estricnina.

Doña Marisa había envenenado a su marido, su hermana no estaba segura, pero todo parecía apuntar a que había sido así. También era probable que tuviera previsto volverse a casar y repetir la operación para quedarse con la tienda, aunque no era gran cosa porque el local era alquilado. En cualquier caso sus planes no prosperaron porque Amalia acabó robándole el marido. La lucha entre ellas se endureció y doña Marisa utilizó la magia negra contra su hermana,

pero la magia no fue el motivo, a al menos no la causa directa de la muerte del marido de Amalia. Ella misma se había encargado de envenenarlo porque creía que la estaba engañando con Marisa.

Ambos crímenes habían quedado sin ser juzgados, nadie parecía haber sospechado nunca nada, y los años siguieron pasando cubriéndolo todo con el olvido.

Cuando fui a hablar con Amalia tenía la corazonada de que había sucedido algo así, pero aun suponiéndolo, me sentí sorprendido de lo que Amalia nos confirmó.

—Tiene razón —me dijo—, ha pasado ya mucho tiempo y no creo que a nadie le importen esas muertes. Y ahora tengo la suerte de mi parte. ¿No es así?

—Tal vez...

Solo tal vez.

Epílogo

Esta vez fuimos a la comisaría sin que Gregorio nos llamara. Nos recibió en su despacho y se lo contamos todo.

—Increíble. Aunque no explique la muerte de doña Marisa.

—Bueno, explicarla quizás no, pero yo estoy convencido de que, de alguna manera, el santero vio algo. Algo que luego su mente quiso olvidar, al menos a medias.

—¿Te refieres a que puede que sí que fuese estrangulada? ¿Podemos tener caso de nuevo?

—No hay caso. Olvídalo. Pero creo que no fue mera sugestión. De alguna manera es posible que su marido acabase vengando su muerte.

—Pero eso no se lo va a creer nadie.

—Tampoco se lo vamos a contar a nadie. Es solo que yo estoy convencido de que ha ocurrido así, y tiene sentido.

—¿Una venganza póstuma?

—Podríamos llamarla así.

—Amalia ha tenido más suerte entonces, no solo ha prescrito su crimen sino que ha recibido una indemnización y, además, el miedo que tenía a la mala suerte ha desaparecido. Seguro que acaba rejuveneciendo otra vez como tú mismo apuntaste.

—La vida no siempre es justa.

Gabo había salido por unos dónuts y traía también unos cafés y el periódico doblado bajo el brazo.

—Por lo menos podremos merendar tranquilos —dijo Gregorio—. Necesito esos dónuts y mi café con leche bien dulce —sonrió.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó Gabo enigmático.

—¿Qué? —respondimos los dos a la vez.

—Tal vez los efectos de la magia negra, al contrario de lo que decía Amalia, no desaparezcan con la muerte de quien la ha comenzado.

—¿Por qué lo dices?

Gabo dejó el periódico que llevaba bajo el brazo encima de la mesa. Estaba abierto por una de las páginas centrales. Era de esa misma mañana. Gregorio y yo pudimos leer el titular sin tan siquiera movernos de nuestros asientos:

«Anciana muere atropellada en la calle Barcas con tres millones de las antiguas pesetas en el bolso»

Puede que después de todo, la vida sí que acaba siendo justa.

Llombo/Pola 18 de abril de 2014 16:35

